

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATÁLOGO *de las comedias que contiene esta Galeria.*

Marcela, ó ¿á cuál de las tres?	6
Un tercero en discordia	6
Un novio para la niña.	6
Otro diablo predicador.	4
Me voy de Madrid.	8
La redaccion de un periódico.	8
Las improvisaciones.	4
Una de tantas.	4
Muérete y verás.	8
El amigo mártir.	8
Todo es farsa en este mundo.	8
D. Fernando el emplazado.	8
Medidas estraordinarias.	4
El poeta y la beneficiada.	6
Ella es él.	4
El pró y el contra.	4
El hombre gordo.	4
Flaquezas ministeriales.	8
El hombre pacífico.	4
El que dirán.	8
Un dia de campo.	8
El novio y el concierto.	4
No ganamos para sustos.	8
Bellido Dolfos.	8
¡Una vieja!	8
El pelo de la dehesa.	8
Lances de carnaval.	4
Pruebas de amor conyugal.	6
El cuarto de hora.	8
La ponchada.	4
El plan de un drama.	4
Dios los cria y ellos se juntan.	8
Cuentas atrasadas.	8
Mi secretario y yo.	4
¡Qué hombre tan amable!	8
Los hijos de Eduardo.	6
Engañar con la verdad.	4
Los primeros amores.	4
A la zorra candilazo.	4
El amante prestado.	4
Un paseo á Bedlan.	4
Mi tio el jorobado.	4
La familia del boticario.	4
El segundo año.	4
La loca fingida.	4
No mas muchachos.	4
Mi empleo y mi muger.	4
La primera leccion de amor.	6
Lo vivo y lo pintado.	8
La pluma prodigiosa.	8
La Batelera de Pasages.	8
La mansion del crimen.	4
La escuela de las casadas.	8
El Editor responsable.	8
¡Estaba de Dios!	8
Blanca de Borbon.	8
Carlos II el hechizado.	8
Rosmunda.	8
D. Alvaro de Luna.	8
El entremetido.	6
Rodrigo.	8
Carlos V en Ajofrin.	4
Cuidado con las novias.	6
Un monarca y su privado.	8
El dia mas feliz de la vida.	4
El vigilante.	4
La escuela de los viejos.	6
El vaso de agua.	6
Un casamiento sin amor.	6
Matilde.	8
D. Trifon.	8
Masaniello.	8
Atrás!	4
Guzman el bueno.	8
El amigo en candelero.	8
El Trovador.	8
El page.	8
El rey monje.	8
Magdalena.	8
El bastardo.	8
Samuel.	8
Dandolo.	8
El encubierto de Valencia.	8
Batilde ó América libre.	6
Margarita de Borgoña.	6
La pandilla.	5
D. Juan de Marana.	6
Calígula.	6
Zaida.	8
Juan de Suavia.	6
El caballero leal.	8
El premio del vencedor.	8
Gabriel.	8
Las bodas de Doña Sancha.	8
Los amantes de Teruel.	8
Doña Mencia.	8
La redoma encantada.	8
La visionaria.	8
Los polvos de la madre Celestina.	8
El amo criado.	6
Ernesto.	6
El barbero de Sevilla.	6
Alfonso el Casto.	8
Primero yo.	8
El abuelito.	4
El Bachiller Mendárias.	8
Macias.	6
No mas mostrador.	6
Roberto Dillon.	5
Felipe.	4
Un desafio.	4
Arte de conspirar.	6
Partir á tiempo.	4
Tu amor ó la muerte.	4
D. Juan de Austria.	6
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.	8
Tanto vales cuanto tienes.	8
Solaces de un prisionero.	8
La morisca de Alajuár.	8
El crisol de la lealtad.	8
El desengaño en un sueño.	8
Mas vale llegar á tiempo.	8
Ganar perdiendo.	8
Cada cual con su razon.	8
Lealtad de una muger.	8
El zapatero y el rey 1.ª parte.	8
Apoteosis de Calderon.	4
El zapatero y el rey, 2.ª parte.	8
El eco del torrente.	8
Los dos vireyes.	8
La corte del Buen-Retiro.	8
Bárbara Blomberg.	8
D. Jaime el conquistador.	8
Higuamota.	8
La aurora de Colon.	8
El conde D. Julian.	10
Cerdan, justicia de Aragon.	8
Contigo pan y cebolla.	6
Tal para cual.	4
Las costumbres de antaño.	4
El jugador.	6
Del mal el menos.	8
Toros y cañas.	8
Quien mas pone pierde mas.	8
Rivera.	8
El rigor de las desdichas.	8
Las simpatías.	4
El diablo cojuelo.	4
Las ventas de Cárdenas.	4
Dos validos.	8
La tumba salvada.	4
El Tasso.	4
Acertar errando.	4
Hacerse amar con peluca.	4
Shakespeare enamorado.	4
Máscara reconciliadora.	4
El testamento.	4
El gastrónomo sin dinero.	4
Miguel y Cristina.	4
La vuelta de Estanislao.	4
Las capas.	4
Un ministro!!!	4
Quiero ser cómico.	4
El ambicioso.	5
Marino Faliero.	8
El marido de mi muger.	4
Jacobo II.	6
El rey se divierte.	6
La muger de un artista.	5
La segunda dama duende.	6
Un alma de artista.	6
Una ausencia.	4
Mateo.	6
Amor de madre.	4
El honor español.	6
La sociedad de los trece.	4
Los perros del monte de san Bernardo.	6
El héroe por fuerza.	6
Bruno el tejedor.	4

LA GALLEGA MARI-HERNANDEZ,

COMEDIA.

PERSONAS.

DON JUAN II DE PORTUGAL.
DON ALVARO DE ATAYDE.
DOÑA BEATRIZ DE NOROÑA.
MARI-HERNANDEZ, *gallega.*
GARCI-HERNANDEZ, *viejo.*
EL CONDE DE MONTEREY.
DON EGAS.
CALDEIRA.
DOMINGA.
CARRASCO. } *serranos.*
OTERO...... } *serranos.*
MARTIN.... } *serranos.*
BENITO ... } *serranos.*
CORBATO. } *serranos.*
GILOTE.... } *serranos.*
VASCO.
UN CAZADOR.
DOS SOLDADOS PORTUGUESES.
DOS CRIADOS DEL CONDE.
SOLDADOS CASTELLANOS.
SOLDADOS PORTUGUESES.
Acompañamiento del rey y del conde.

La escena es en Chaves (en Portugal), en el valle de Limia, y en Monterey.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de doña Beatriz, en la villa de Chaves.— Es de noche.

ESCENA I.

DON ALVARO. DOÑA BEATRIZ.

DON ALVARO.

De dos peligros, Beatriz,
por escusar el mas grave,
se ha de escoger el menor.

¿Qué importa que el rey me mate?
Ya sé que á voz de pregones
me busca, y por desleales
condena á cuantos supieren
de mí, sin manifestarme.
El rey don Juan el segundo
de Portugal y el Algarve,
(que aunque airado contra mí,
mil años el cielo guarde)
dando á traidores orejas,
que persiguiendo leales,
quieren de bajos principios
subir á cargos gigantes;
ha cortado la cabeza
á don Fernando Alencastre,
(primo suyo, y duque ilustre
de Berganza y Guimaranes)
por unas cartas fingidas,
que su secretario infame
contrahizo y entregó,
en que da muestras de alzarse
con la corona, escribiendo
á los reyes que ignorantes
de este insulto, las reliquias
destierran del nombre alarbe.
A Fernando é Isabel
digo, que á Castilla añaden
un nuevo mundo, blason
de sus hechos alejandres.
Verisímiles indicios
no admiten en pechos reales,
cuando la pasion los ciega,
argumentos disculpables.
Andaba el rey receloso
del duque, porque al jurarle
en las cortes, cuando en Cintra
llevó Dios al rey su padre,
reparando en ceremonias,
por no usadas, escusables,
quiso segun las antiguas
hacerle el pleito homenage.
Valiéronse de este enojo

lisonjeros, y parciales
le indignaron; que en los reyes
son crímenes los achaques.
Siguiéronse cartas luego
contrahechas, que á indiciarle
bastaron con tanta fuerza,
que aunque el duque era su sangre,
en Évora le justicia,
sin que lágrimas le aplaquen
de la reina, hermana suya,
de sus privados y grandes.
Huyen parientes y amigos;
porque á enojos magestades
en los ímpetus primeros,
no hay inocencias que basten.
Dos hermanos y tres hijos
van á Castilla á ampararse
de Fernando é Isabel:
¡quiera el cielo que en él le hallen!
Al conde de Montemor
su hermano, y gran condestable
de Portugal, aunque ausente,
ha mandado el rey sacarle
en estátua, y en la villa
y plaza mayor de Abrantes,
la espada y banda le quita
cuadrada, que es degradarle
de condestable y marqués,
y luego degollar hace
el simulacro funesto,
saliendo (¡rigor notable!)
sangre fingida del cuello
de la inanimada imagen.
Yo que, como primo suyo,
soy tambien participante,
si no en la culpa, en la pena,
para que tambien me alcance,
estoy dado por traidor;
y por la lealtad de un page,
que despreciando promesas,
no temió las crüeldades
con que amenazan los jueces,

dos meses pude ocultarme
en un sepulcro, que antiguo,
en vida las honras me hace.
Pero ahora que estoy cierto
que el rey, declarado amante
de tu hermosura, ha venido
á esta villa á visitarte;
atropellando consejos,
perdiendo al temor cobarde
el respeto que la vida,
y la honra es bien que guarde,
si desesperado no,
celoso mi agravio sale
de sí, y del sepulcro triste,
asilo hasta aquí, ya carcel.
Celos, Beatriz, poderosos
han bastado á levantarme
del sepulcro: muerto estoy;
bien puedo decir verdades.
Dos años há que te sirvo,
sin que haya, por adorarte,
estorbos que no atropelle,
imposibles que no pase.
Con palabras y promesas,
esperanzas alentaste,
que dudosas que las niegues,
hoy vienen á ejecutarte.
Ser mi esposa has prometido;
pero ya que ciega y facil
la fortuna (en fin muger,
firme solo en ser mudable)
levanta tus pensamientos,
cuando mis dichas abate;
tú igualándote á coronas,
yo indigno, ya que me iguale
al mas rústico pastor;
tú marquesa respetable,
yo sin estados, ni hacienda;
¡ay Beatriz! no hay que culparte
que me aborrezcas y olvides.
Gócete el rey; muera, inhábil
de merecer tu belleza,

un conde ayer, hoy imagen
y sombra de lo que ha sido;
que cuando el rey aquí me halle,
porque de mí quedes libre,
yo gustaré que me mate.

DOÑA BEATRIZ.

Tan desacordado vienes,
que á no ocasionar tus males
á llorar desdichas tuyas,
riyera tus disparates.
Para salir del sepulcro,
donde viven las verdades,
entre huesos, desengaños
que no admitieron en carne,
no sales con la cordura
que pudieran enseñarte
escuelas del otro siglo,
donde no hay ciencias que engañen.
La historia del malogrado
duque vienes á contarme,
como si yo la ignorara,
cabiéndote tanta parte
á tí en ella como á mí
de lágrimas; que á enseñarte
relíquias que en lienzos viven,
bastaran á acreditarme.
Antes de haber delinquido,
en mi ofensa sentenciaste
olvidos solo en potencia.
¡Ay don Alvaro de Atayde!
Necios jueces son los celos,
pues sus ciegos tribunales,
sin interrogar testigos,
condenan lo que no saben.
Aunque de lo que te imputan
enemigos criminales
inocente estés, (que es cierto,
pues en tí traicion no cabe)
solo la mala sospecha
que contra el amor constante
de mi pecho has hoy tenido,
basta para condenarte;

porque donde el valor vive,
tal vez delitos amantes
son de mas ponderacion,
que las lesas magestades.
De la triste compañía
donde vivo te enterraste,
la desazon se te pega
que muestras: no es bien me espante.
Sin estado, perseguido,
sin amigos que te amparen,
sin parientes que te ayuden,
sin vasallos que te guarden,
te quiero mas que primero;
que porque al fino diamante
le desguarnezcan del oro,
no desdicen sus quilates.
Déjame pelear primero,
y cuando el contrario cante
la victoria, entonces dime
vituperios que me agravien;
que si por ser muger yo,
temes de mi sexo fragil
banderizados empleos,
soy portuguesa, y bien sabes
que no ha habido en mi nacion
ninguna á quien los anales
que afrentas inmortalizan,
puedan notar de inconstante.
Amabas presuntüoso;
pretendias arrogante;
pudo ser por las riquezas,
siempre soberbias y graves;
y yo tambien, pudo ser
que por ellas te estimase,
repartiendo en tí y en ellas
deseos interesables.
Ya podrás amarme humilde,
y yo en amor mejorarme,
queriéndote por tí solo,
si tú pobre, yo constante.
Estado, hacienda y honor,
la fortuna, diosa frágil,

te quitó: guarda la vida;
que como esta no te falte,
sin estado, honor, ni hacienda,
te estimo en mas que los reales
blasones que me persiguen,
y no han de poder mudarme.
Noroña soy, si él es rey;
esposa tiene á quien ame,
y ilegítimos empleos
no han de ofender mi linage.
Raya es esta de Galicia:
si encubiertamente sales
con el favor de la noche,
amparo de adversidades,
cuando tú seguro estés,
y des orden de avisarme,
te seguiré firme yo;
que empeñando mis lugares,
y recogiendo mis joyas,
castellanas magestades,
de rigores portugueses,
tiene España que nos guarden.—
Dame los brazos, y á Dios.

DON ALVARO.

Tu nombre en mármoles graben.

ESCENA II.

—

CALDEIRA.—DON ALVARO. DOÑA BEATRIZ.

CALDEIRA.

Deja agora grabaduras
para escultores y jaspes,
¡cuerpo de Dios! y preven
ó escondrijos, ó gaznates;
que el rey don Juan entra aquí.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay mi bien!

CALDEIRA.

¿No habrá desvanes,

chimeneas, gallineros,
ó un cofre en que agazaparme?

DON ALVARO.

Ya, Beatriz, vuelven sospechas
de nuevo á martirizarme.
¡El rey de noche, y á verte,
sin tu permision!

DOÑA BEATRIZ.

No te halle
aquí: tras ese tapiz
te pon; que si has de escuchalle,
y lo que respondo adviertes,
yo sé que de los pesares
que me das, perdon me pidas.

CALDEIRA.

Que viene, que entra, que sale.

DOÑA BEATRIZ.

Mi bien, ¿quieres esconderte?

DON ALVARO.

¡Ay! ¡quién pudiera feriarte
la firmeza de los montes!

CALDEIRA.

¡Ay! ¡quién pudiera tornarse
ó chapin, ó bacinilla,
mono, papagayo, ó fraile!

(*Ocúltanse detras de un tapiz don Alvaro y Caldeira.*)

ESCENA III.

EL REY. DON EGAS. ACOMPAÑAMIENTO.—DOÑA BEATRIZ.

REY.

Para divertir, marquesa,
penas de razon de estado,
que desleales me han dado,
porque de mi bien les pesa,
á vuestra villa he venido,
y esta noche á vuestra casa.

DOÑA BEATRIZ.

No sabeis honrar con tasa;
pródigo habeis, señor, sido,

ilustrando estas paredes,
donde, como vos decís,
penas tan bien divertís,
que en vos es hacer mercedes.

REY.

Para que verifiqueis
aquesa proposicion,
traigo, Beatriz, intencion
de que mañana os caseis.

DOÑA BEATRIZ.

¡Cómo, gran señor!

REY.

Yo he sido
vuestro amante; que las leyes
de amor, no esceptúan reyes:
constante habeis resistido
mi poder y voluntad,
porque mienta la esperiencia
que afirma no hay resistencia
contra un gusto magestad;
y yo tambien, vuelto en mí,
cuerdo he juzgado á vergüenza
que una muger reyes venza,
y un rey no se venza á sí.
Soy casado, y vos doncella:
heredad que está sin dueño,
no corre riesgo pequeño,
y mas heredad tan bella.
Dueño os prevengo, en efeto;
que un marido puede tanto,
que al vasallo pone espanto,
y al rey obliga á respeto.
El conde don Egas es
en quien los ojos he puesto,
noble, leal, y sobre esto,
mi privanza. El interés
de ser este el gusto mio,
pienso yo que bastará
á que os obligue quien da
muerte así á su desvarío.

DOÑA BEATRIZ.

Quien de sus propias pasiones

sabe salir vencedor,
bien merece, gran señor,
hipérboles por blasones;
que, en fin, no reinaba bien
cautiva la voluntad.
Doile á vuestra magestad
mil veces el parabien
del discreto desempeño
con que el alma ha libertado;
y yo se le hubiera dado
á mi dicha por el dueño
que su mano me ha ofrecido,
si no sintiera bajar
de mas á menos, y dar
pena á un amor ofendido.
Que puesto que fue el honor
resistencia poderosa
contra el alma que piadosa
estimaba vuestro amor,
ya en mí se habian engendrado,
de vuestros reales empleos,
reales tambien los deseos,
y dentro en mí un real estado;
que negándoos esteriores
permisiones el honor,
estimaba vuestro amor
pensamientos interiores;
y con afecto amoroso,
cuando el amor resistia,
dentro del alma os tenia
por mi legítimo esposo;
pues con tales fundamentos,
no era mucho conservar
el cuerpo libre, y gozar
casados sus pensamientos.
Mas pues burlados los hallo,
no será conforme á ley
que quien fue esposa de un rey,
lo venga á ser de un vasallo;
ni á vos os puede estar bien
que en ofensa de los dos,
hombre que es menos que vos,

goce á quien quisistes bien.

REY.

¿Vos me habeis querido á mí?

DOÑA BEATRIZ.

Dentro del alma os llamaba
esposo, y os adoraba.

REY.

Creyera yo ser así,
á no venir advertido
de que es mi competidor,
marquesa, un conde traidor,
por vos á un rey preferido.
Mirad como haré caudal
del amor que me teneis
interior, si posponeis
á un rey por un desleal.
Que yo de nuevo agraviado
deslealmente por los dos,
(si como confesais vos,
de esposo nombre me han dado
pensamientos, ya violentos,
pues á un traidor dan lugar)
bien podré en vos castigar
adúlteros pensamientos,
y en él la injuria que pide
quien dueño vuestro se llama,
pues me ofende en reino y dama
don Alvaro de Ataíde.

DOÑA BEATRIZ.

Señor.....

REY.

Esta es la verdad:
á informaciones ya hechas
y probadas, no hay sospechas
que ofusquen su claridad.
Don Alvaro huyó á Castilla
con los demas desleales,
cuyas ambiciones reales
aspiraban á mi silla;
correspóndese con vos,
y en la raya de Galicia,
Beatriz, vuestro estado, indicia

muchos cargos contra vos.
Para que de ellos quedeis
libre, y Portugal seguro,
hoy desposaros procuro.
Conde os doy, si le perdeis.

DOÑA BEATRIZ.

Que un amante celos pida,
con buena ó mala ocasion,
por ser la mejor sazon
de amor, cosa es permitida;
pero un marido á su esposa,
en culpa no averiguada,
y menos que con la espada,
siempre fue accion afrentosa.
Sabiendo, pues, que le llama
esposo mi voluntad,
no hace vuestra magestad
bien en ofender su fama,
pues culpando mis intentos,
ya el ser mi esposo ha acetado,
cuando me atribuye airado
adúlteros pensamientos;
y siendo así, mis cuidados
que en tal mal crédito estan,
desde ahora llorarán
pensamientos mal casados;
que yo en fe de que tenia
dentro el alma un dueño rey,
por ser esposa de ley,
con tal presuncion vivia,
que no á don Alvaro, que es
(aun cuando fuera leal)
á mi altivez desigual;
al príncipe Portugues,
que es sucesor vuestro, en fin,
juzgara, cuando me amase,
indigno de que aun besase
la suela de mi chapin.
Perdone este atrevimiento
vuestra magestad, señor;
que pierde el respeto amor
cuando está con sentimiento.

Yo tengo el alma empleada
en un rey, de quien muger
se llama, y no puede ser
con dos á un tiempo casada.
Ponga en Chaves guarnicion,
por ser de Galicia raya,
si es justo que de mí haya
tan poca satisfaccion;
y escuse así sus combates,
dándome licencia á mí;
que dirá, si estoy aquí,
mi agravio mil disparates.

(Éntrase por el tapiz detras del cual están ocultos don Alvaro y Caldeira: va el rey á detener á la marquesa, y tirando del tapiz, quedan descubiertos los dos escondidos.)

REY.

Esperad. ¡Traidor! ¿qué es esto?

CALDEIRA, *aparte.*

Tramoya que salió mal.

REY.

Matadme ese desleal.

DON ALVARO.

Quien ese nombre me ha puesto
es el que tienes al lado,
falseador de firmas fieles,
que como mata en papeles,
y no viene acostumbrado
al acero en quien se suma
el valor no lisonjero,
cobarde por el acero,
solo es valiente por pluma.
Con ella sí que hará alarde
de hazañas que un rey premió;
pero con la espada no;
que el traidor siempre es cobarde.

DON EGAS.

Mi lealtad, que es conocida,
cual tu traicion confirmada,
confirmará aquesta espada.

(Echan mano los tres.)

DON ALVARO.

La color tienes perdida,
y ella quien eres declara;
que para que te convenza,
tuvo tu sangre vergüenza
de desmentirte en la cara.
No es bien que mi acero afrente,
cuando en tí mancharse duda;
que el leal no le desnuda,
teniendo á su rey presente.
Para tí de aqueste modo
basta y sobra.
(*Dale un golpe con la espada envainada, y vase.*)

CALDEIRA, *aparte.*

¡Oh como pegas!
Por esto, hermano don Egas,
se dijo, con vaina y todo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

EL REY. DON EGAS. DOÑA BEATRIZ. ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Seguilde, mataldc. ¡Ah cielos!
Pero no le alcanzarán
cobardes, si no es que van
volando tras él mis celos.
Quede en prision la marquesa,
(*A don Egas y otro caballero.*)
y en guarda suya los dos. (*Vase.*)

DOÑA BEATRIZ, *aparte.*

Alvaro, si os librais vos,
¿qué importa morir yo presa?

Campo en el valle de Limia, con unas peñas en el fondo.

ESCENA V.

CARRASCO *y* OTERO, *encima de las peñas y mirando adentro.*

CARRASCO.

¡Aquí de la serranía!
¡A la hoya, ahao á la hoya!

OTERO.

Serranos, aquí hue Troya:
no quede lobo este dia.

CARRASCO.

¡Ah cuerpo de non de Dios!
¡Habíades de caer!

OTERO.

No hay son (1) matar, y comer.

CARRASCO.

Como burros son los dos.

OTERO.

Viva la gala, serranos,
del valle de Limia.

VOCES DENTRO.

Viva.

ESCENA VI.

MARTIN, BENITO, CORBATO *y* GILOTE, *saliendo por el proscenio.*—DICHOS.

CARRASCO.

¡Ah del valle!

BENITO.

¡Ah de allá arriba!

(1) Sino.

OTERO.

A los llanos.

TODOS.

A los llanos.

MARTIN.

¡Eso sí: gritar y dalle!
La voz teneis de codicia.

CARRASCO.

Al paraiso de Galicia,
serranos; al valle.

TODOS.

Al valle.

(*Bajan de las peñas Carrasco y Otero.*)

GILOTE.

¡Famosa presa, Carrasco!

CARRASCO.

Cual de pies, cual de cogote,
cayeron lobos, Gilote,
que es contento.

OTERO.

Del peñasco
se despeñó un jabalín.

BENITO.

Salve y guarde.

OTERO.

Bien venido.

BENITO.

Catorce diz que han caido.

CARRASCO.

Llególes su San Martin.

BENITO.

Diez jabalís, seis venados,
tres zorras y tres garduñas.

GILOTE.

No les valieron las uñas.

BENITO.

Vengáronse los ganados.

OTERO.

¡Ojalá que en esta sierra
hiciéramos otro tanto
de los jodios que el santo
reye de España destierra!

CARRASCO.

Sí, Fernando é Isabel
rayos de jodios son.

OTERO.

De la santa esquinacion
huye esta canalla infiel,
y se nos acoge acá.

GILOTE.

De la inquisicion direis.

OTERO.

Si, vos que leer sabeis,
acertareis.

BENITO.

Gil sí hará.

OTERO.

Un comison ha venido
en su busca....

GILOTE.

Comisario
se llama.

OTERO.

Y un calendario
de los reyes ha traido,
que le nombran procesion....

GILOTE.

Provision.

OTERO.

Para prendellos,
y andamos á caza de ellos,
Carrasco, que es bendicion.

BENITO.

Disfrázanse entre nosotros,
que ni los conocerá
un zahoril.

OTERO.

Yo topé ya,
aunque se metan entre otros,
una famosa invencion
con que conocerlos luego.

GILOTE.

¿Y es?

OTERO.

A la nariz les llego
un pedazo de jamon;
y el que es cristiano echa el diente,
y el que no, las tripas echa.

CARRASCO.

¡Oh qué maldita cosecha!
¿Que no cree en Dios esta gente?

GILOTE.

No.

CARRASCO.

Yo en la romana igreja
creo.

BENITO.

Con ella me avengo.

OTERO.

Serranos, á eso me atengo;
que es, en fin, cristiana vieja.

BENITO.

Como tien Castilla guerra
con Portugal tanto há,
los fronterizos de acá
habitamos en la sierra,
ni hay tiempo para prendellos.

GILOTE.

Todos, poquito á poquito,
se mos van allá bonito.

OTERO.

Allá se lo hayan con ellos;
que acá haremos entre tanto
lo que nueso amo nos manda,
que es andar en su demanda.

MARTIN.

Es buen cristiano.

GILOTE.

Es un santo.

OTERO.

¿Garci-Fernandez? No hay viejo,
desde Limia á Monterey,
de mas virtú ni mas ley.

BENITO.

¿Y su hija?

CARRASCO.

Esa es espejo
de Galicia.

CORBATO.

Déle Dios
un marido del tamaño
de aquel nogal, ó el castaño
que teneis á par de vos.

CARRASCO.

Hoy cumple años.

GILOTE.

Y hoy festeja
de su padre el alegría
á toda la serranía.

BENITO.

Viva un sigro, y nunca vieja.

OTERO.

Par Dios, que cuando la veo,
de manera me emberrincho,
que como rocin relincho.

CARRASCO.

¡Mas arre allá!

MARTIN.

Yo babeo
siempre que la llego á habrar.

CARRASCO.

Todo un sol tiene en la cara.

OTERO.

A fé, si ella se pagara
de tirar, correr, luchar,
que ella huera presto mia.

BENITO.

Eso no, donde estoy yo.

OTERO.

¿Vos conmigo?

BENITO.

Yo, que só
gala de esta serranía.

OTERO.

Mas ¡nonada!

BENITO.

Para vos.

OTERO.

Benito, callá vos digo.

BENITO.

¿Pues luchareis vos conmigo?

OTERO.

Con vos y con otros dos.

BENITO.

¿Qué ha de ir?

OTERO.

Vaya una cabra.

BENITO.

Par Dios, vayan dos, y aun tres.

OTERO.

Idas son.

BENITO.

Desnudaos, pues.

GILOTE.

Teneos.

OTERO.

Nadie habre palabra,
porque un hombre con coléra
derriba un toro, Gilote.

BENITO.

Quitaos el sayo y capote.

OTERO.

Ya le quitan.

CORBATO.

Ropa huera;
(*Quítanse los sayos, y déjanselos á un lado.*)
que todos seremos jueces.

CARRASCO.

Este soto es buen lugar.

OTERO.

Par Dios, que habeis de llevar
hoy un pan como unas nueces.

(*Luchando Benito y Otero van retirándose hasta salir del teatro, siguiéndolos los otros serranos.*)

ESCENA VII.

DON ALVARO. CALDEIRA.

DON ALVARO.
Caldeira, esta es Galicia.
No vive en estas sierras la malicia
de envidias y traiciones,
de lisonjas, engaños y ambiciones.
Los que en mi busca vienen
aquí jurisdiccion ni ayuda tienen.

CALDEIRA.
Asperilla es la tierra.

DON ALVARO.
Es de Laroco esta empinada sierra,
y Limia este florido
valle (que es guarnicion de su vestido),
por fértil estimado:
el de Laza, que yace á estotro lado,
ameno se avecina
al val de Monterey, con quien confina.
Cinco leguas de Chaves
dista este monte.

CALDEIRA.
Bien la tierra sabes.

DON ALVARO.
Fue el conde gran mi amigo,
de Monterey, y discurrió conmigo,
cazando, varias veces
su aspereza, ya á costa de los peces
de sus aguas, que hay muchas,
habitacion de celebradas truchas;
ya en jabalíes cerdosos
ensayando venablos, y ya en osos.

CALDEIRA.
Si es tan tu amigo el conde,
vamos á Monterey.

DON ALVARO.
No corresponde

con la amistad pasada
la presente.

CALDEIRA.

¿Por qué?

DON ALVARO.

La guerra airada
lo descompuso todo.
Sirvió á su rey, y yo del mismo modo,
leal sirviendo al mio,
paró nuestra amistad en desafio:
en la infeliz batalla
de Toro, que si quiere celebralla,
como es razon, Castilla,
puede con mil ventajas preferilla
á la de Aljubarrota,
quedamos enemigos.

CALDEIRA.

Pues acota
rancho en que descansemos;
que cinco leguas caminando habemos
á pata, huyendo espías;
y á Bercebú se dan las tripas mias.

DON ALVARO.

Si aquestos montañeses
alcanzan á saber que portugueses
somos los dos, no estamos
seguros de sus manos.

CALDEIRA.

Pues huyamos.

DON ALVARO.

¿Dónde? Hasta ver si es cierto
que la marquesa mi esperanza ha muerto,
y al rey don Juan adora,
como dijo....

CALDEIRA.

Por Dios, que estás ahora
con linda sorna: acaba.

DON ALVARO.

¿No dijo al rey la ingrata que le amaba
gozando sus cuidados
pensamientos de amor, con él casados?

CALDEIRA.

No sé, por Dios; yo vengo
con mas hambre que amor, y te prevengo
que socorras desmayos.
(*Reparando en la ropa de Otero y Benito.*)
Dos capotes son estos y dos sayos.

DON ALVARO.

Espera; que con ellos
temores escusamos.

CALDEIRA.

Si á traellos
te aplicas, con su traje
no dice mal el portugues lenguaje,
pues se distingue poco
de la lengua gallega.

DON ALVARO.

De Laroco
las sierras, que son estas,
entre antiparas pobres, mal compuestas,
habitaré entre tanto
que salgo del celoso y ciego encanto
en que el amor me puso.
De aquí á mi ingrata avisaré confuso.
Disfrázate tú y todo.

CALDEIRA.

Entre aquellos castaños me acomodo;
que si su dueño sale
por su ropa, querrá lo que no vale.

DON ALVARO.

¿Por qué se habrán dejado
los vestidos aquí?

CALDEIRA.

Si se han picado
con el calor molesto,
querrán echar al agua todo el resto.

DON ALVARO.

Aquí el Tamaga baña
apacible los pies de esta montaña.
No dices mal.

CALDEIRA.

Addio:
esconderé en aquel lugar sombrío

los trajes cortesanos,
porque pasemos plaza de villanos.

DON ALVARO.

Caldeira, vuelvo luego.

CALDEIRA.

Par Dios, que de esta vez quedas gallego.

(*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON ALVARO.

Cansancios y pesadumbres
alientan la fuerza al sueño.
Entre tanto que risueño
guarnece el sol estas cumbres,
quiero dar treguas á enojos,
y desmentir mis cuidados;
que si atormentan soñados,
no es á costa de los ojos.

(*Échase á dormir. Salen arriba por las peñas Dominga y Mari-Hernandez, con vestido y tocado á lo gallego.*)

ESCENA IX.

MARI-HERNANDEZ. DOMINGA.—DON ALVARO, *dormido.*

MARIA.

Hoy, Dominga, que cumpro años,
padre os quiere festejar.

DOMINGA.

Tantos llegues á contar,
como hojas estos castaños;
al sol te saquen tus nietos
en una espuerta.

MARIA.

¡Merá!
¿Y qué he de her con tanta edá,

si (1) enfadar á los discretos?

DOMINGA.

Deseo que á sigros llegues.

MARIA.

¿Hay mas aborrible cosa,
que una vieja que hue hermosa,
la cara llena de priegues,
y aojando con la vista?
Dominga, morir me agrada
moza, y de todos llorada,
mejor que vieja y mal quista.

DOMINGA.

Discreta eres hasta en eso.
Baja con tiento; no cayas.

MARIA.

Mientras que del valle trayas
juncia, retama y cantueso,
para enramar el portal
donde la cena ha de ser,
claveles quiero coger,
con madreselva.

DOMINGA.

¡Y qué tal
la hallarás par de la huente
dell olmo!

MARIA.

Por ella bajo.

DOMINGA.

Yo, echando por este atajo,
vó á ver si vuelve la gente
que hue á traernos despojos
de lobos, pues que los has
convidado.

MARIA.

¿Y dó podrás
hallarlos?

DOMINGA.

Hácia los tojos.

(*Vase Dominga, y salta Mari-Hernandez de las peñas abajo.*)

---

(1) Lo mismo que *son*, sino.

ESCENA X.

MARIA. DON ALVARO, *dormido*.

MARIA.

Ya yo la cuesta he bajado.
Carcajadas da de risa
la huente que bulle aprisa.—
¡San Gil! ¿Qué hombre está aquí echado?
Desde la cintura arriba
es pastor, y lo que queda,
está vestido de seda.
A sabor duerme. ¡Y que viva
un hombre, y parezca muerto!
No teneis vos mucho amor,
pues dormís tan á sabor,
ni os penan deudas despierto.
Este será algun jodio
de los que andan á prender,
porque no quieren comer
tocino: ¡qué desvarío!
Yo quiero dar hoy venganzas
á la igreja y sus denuestos;
que quien mata alguno de estos,
diz que gana perdonanzas.
Esta media lancha tomo,
(Toma una piedra y súbese en una peña sobre la cabeza de don Alvaro.)
y desde aqueste repecho,
á dos manos se la echo
sobre la cabeza á plomo;
y de un golpe, si no yerro,
á nuestra ley doy socorro,
y á nuestro jodio ahorro
de dotor, cura y entierro.
Allá va.—Manos, teneos;
que en tan buena catadura
no puede haber judaizura;
que los jodios son feos.

¡Válgate Dios por dormido!
¿Qué has hecho en mi corazon?
En mi vida vi garzon
mas apuesto y mas garrido;
en sueños me ha quillotrado
el pecho. ¡Ay sosiego mio!
Sotil ladron sois, jodio,
pues ell alma me heis robado.
Mas ¿para qué llamo robo
lo que yo le dí primero
de grado? Llamarle quiero.
(*A voces.*)
¡Guarda el lobo! ¡guarda el lobo!

DON ALVARO.

(*Despertando alborotado.*)
Lobos ¿qué mal me han de hacer,
si soy portugues?

MARIA.

Tente, hombre;
que me ha espantado ese nombre.
(*Coje una piedra.*)

DON ALVARO.

¿Qué es de los lobos, muger?

MARIA.

Téngase allá.

DON ALVARO.

Una cordera
he visto en vez de los lobos.

MARIA.

Así engañan á los bobos.

DON ALVARO.

¡Ay cielos!

MARIA.

Téngase ahuera.

DON ALVARO.

¡Qué peregrina hermosura!

MARIA.

A fe que dormís despacio.

DON ALVARO.

A ser la sierra el palacio,
donde no hay quietud segura,
con menos gusto durmiera.

MARIA.

¿Tiene enemigos allá?

DON ALVARO.

Nadie sin ellos está.

MARIA.

¿Y duerme de esa manera?

DON ALVARO.

En esta montaña yerma,
¿qué temor no se asegura?

MARIA.

Pues acá nos dice el cura,
que quien los tiene ,no duerma.

DON ALVARO.

Sentencia de sabio es esa.

MARIA.

Yo de un golpe, á no llamalle,
con la muerte pude dalle
la losa para la huesa.

DON ALVARO.

¿Pues heos ofendido yo?

MARIA.

Si es jodio, claro está.

DON ALVARO.

Fijodalgo soy.

MARIA.

¡Verá!
¿Que no es judaicero?

DON ALVARO.

No.

MARIA.

¿Cree en la igreja romana?

DON ALVARO.

Su culto obedezco santo.

MARIA.

Pues si es ansí, suelto el canto.
(*Arrójale.*)

DON ALVARO, *aparte.*

¿Hay mas donosa serrana?

MARIA.

Hombre parece de bien:
ya le voy perdiendo el miedo.
¿Sabe el credo?

DON ALVARO.

Bien sé el credo.

MARIA.

¿Y el padre nueso?

DON ALVARO.

Tambien.

MARIA.

¿Y persinarse?

DON ALVARO.

¿Pues no?

MARIA.

A ver: veamos.

DON ALVARO, *aparte.*

¡Qué estraña
sencillez!

MARIA.

¡Mas que me engaña!

DON ALVARO.

Mi sangre no permitió
ningun error ni heregía,
porque es limpia, ilustre y clara.

MARIA.

Ansí lo dice su cara;
mas yo, mientras él dormia,
por matar un renegado,
tomé la lancha que enseño;
que para la muerte, el sueño
ya se tien lo mas andado.

DON ALVARO.

¿No bastaban vuestros ojos?

MARIA, *aparte.*

Barbinegro es el garzon,
y fidalgo; que acá son
los jodios barbirrojos.

DON ALVARO.

¿Vos quisistes darme muerte?

MARIA.

A ser jodio, sí hiciera.

DON ALVARO.

Pues si gustais que yo muera,
no os armeis de aquesa suerte:
en los ojos teneis flechas,

que los corazones pasan;
palabras decís que abrasan
de amores y de sospechas.
¿Para qué venís cargada
de piedras, si me mató
el veros?

MARIA.

Por sí ó por no,
no era mala una pedrada.

DON ALVARO.

Vos dais muerte; ese sol ciega
el alma, á quien vida dais
matando. ¿Cómo os llamais?

MARIA.

Marí-Hernandez, *la gallega.*

DON ALVARO.

Bien haya aquesta aspereza,
que os puede ver cada dia,
este arroyo y fuente fria,
cristál de vuestra belleza.
Las aves que os lisonjean,
el prado que os rinde flores,
el pastor que os dice amores,
las almas que en vos se emplean,
el gusto que en vos se hechiza,
la libertad presa en vos,
y yo que os he visto....

MARIA.

¡Ay Dios!
¡qué bien que lo sermoniza!
(*Aparte.* Ya no quedo de provecho
despues que ví este garzon:
saltos me da el corazon;
cosquillas tengo en el pecho.
¡Válgame Dios! ¿qué será
lo que siento?)

DON ALVARO.

En esta mano
(*Tómasela y la besa.*)
pierdo el seso, el gústo gano.

MARIA.

El diabro le trujo acá.

Pues ¿bésala?

DON ALVARO.

Si me quemo,
¿qué he de hacer por sosegar?

MARIA.

¿No hay son llegar y besar?
Paso: dochovos á o demo.
¿Es mi mano la del cura?

DON ALVARO.

Sí, pues cura de mi mal.
¿Tiene tal tez el cristal,
ni la nieve tal blancura?
Cortesanos artificios,
cuyas manos blancas son
ó mártires del jabon,
ó del sebo sacrificios,
aprended en la belleza
que aquí el descuido reparte,
la ventaja que hace al arte
la pura naturaleza.
Dime, ¿con qué se repara
la pura luz que me das?

MARIA.

Lleve el dimoño lo mas
que una poca de agua clara.
Mas ¿dó vais vos por aquí,
de esa manera perdido?

DON ALVARO.

A ver mi muerte he venido.

MARIA.

¿Buscais á quien servir?

DON ALVARO.

Sí.

MARIA.

¿Sabreis her carbon?

DON ALVARO.

Si el fuego,
serrana, ese oficio enseña,
abrasado estoy.

MARIA.

De leña
digo.

DON ALVARO.

Cuando á vos me llego,
leña soy. ¡Ay manos mias!
vosotras ¿no me encendeis?

MARIA.

¡Ah hi de pucha! ¡qué (1) sabeis
de chanzas y roncerías!
¿Quereis servir á mi padre?

DON ALVARO.

Y daros el alma á vos.

MARIA.

No hay mandones si los dos;
que ya se murió mi madre.
¿Cuánto ganais de soldada?

DON ALVARO.

De soldada gano un sol
que adoro, en cuyo arrebol
está mi alma asoldada;
mas ¿qué ganará un perdido
que por vos sin seso está?

MARIA.

Al que mas, le dan acá
seis ducados y un vestido.
Si quereis, vamos á casa;
que yo con mi padre haré
que os reciba.

DON ALVARO.

No podré,
Maria, con tanta tasa
vivir, si algo no añadís.

MARIA.

¿Y será?

DON ALVARO.

Serrana mia,
una mano cada dia.

MARIA.

¡Mas matalla!

DON ALVARO.

¿Qué decís?

---

(1) Cuanto.

MARIA.

Que mi padre os la dará.

DON ALVARO.

No ha de ser, serrana bella,
sino esta.

(*Tomándosela.*)

MARIA.

¿Y qué heis de her con ella?

DON ALVARO.

Besalla.

MARIA.

¿Pues dónde habrá
manos para cada dia?

DON ALVARO.

Dos que remudar teneis.

MARIA.

Caro servís.

DON ALVARO.

¡Qué quereis!

MARIA.

Soltad.

DON ALVARO.

¡Ay gallega mia!
(*Aparte.* Beatriz, si de mis desvelos
fuiste causa y te has mudado,
ya en estas sierras he hallado
contrayerba de tus celos.)

MARIA.

Ya sois de casa.

DON ALVARO.

Soy vuestro.

MARIA.

Hablemos á padre.

DON ALVARO.

Vamos.

MARIA, *aparte.*

Alma, en que entender llevamos.

DON ALVARO, *aparte.*

Amor, sed vos mi maestro:
enseñadme á hacer carbon.
(*Toma la mano á María y bésasela.*)

MARIA.

¿Qué haceis?

DON ALVARO.

Cobro mi soldada.

MARIA.

¿Tan presto?

DON ALVARO.

Va adelantada.

MARIA.

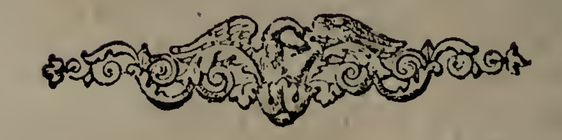
¿Con beso?

DON ALVARO.

Sí.

MARIA.

¡Hay besucón!



ACTO SEGUNDO.

Campo delante de la casa de Garci-Hernandez.

ESCENA I.

DOMINGA. CALDEIRA.

CALDEIRA.

Yo pasaba á Santïago
desde Francia, peregrino;
robáronme en el camino
los vestidos y un cuartago
en que un compañero y yo
descansábamos á ratos,
llevando sobre él los hatos
y alforjas: él se quedó
en la posada desnudo;
yo de medio arriba Adan,
sobre el puro cordoban
un calzon de lino crudo.
Hallé sin dueño este sayo
aquí, (1) y dije, no tan triste:
"tambien á los pobres viste,
como á los campos, el mayo."
Caminaba, hecho un cacique,
por entre matas y tojos;
escondiéronse los ojos,
cada cual tras el tabique
de los párpados; tendíme,
por dormir mas á mi salvo,
al pie de un peñasco calvo,
casa de monte sublime;
y soñando en mis pecados,

(1) *Aquí cerca*, es como debe entenderse.

me pareció que llegaban,
y en volandas me llevaban
dos demonios corcobados.
Desperté, haciéndome cruces,
cuando en su cama encarnada,
la última boqueada
daba el dia entre dos luces;
víte encima de esa loma
decir, alzando la voz:
"henc, henc, henc, arrangoroz;"
y no entendiendo el idioma
de gallegos desaliños,
ví acercarse en escuadrones,
gruñendo, suegras lechones,
que aquí llaman vacoriños.
No supe yo que juntaban
los cochinos de este modo
en Galicia; temblé todo,
pensando que me agarraban;
quise huir; no supo el miedo;
desmayéme, y tú piadosa,
entre rolliza y hermosa,
á medio engullir un credo,
fuiste mi segundo cura,
bautizándome otra vez.
Volví en mí, miré la tez
de esa gallega hermosúra;
y aunque nunca tuve cuyo,
como el alma te rendí,
por andar siempre tras tí,
quisiera ser puerco tuyo.

DOMINGA.

Si vos, el hechizador,
lo sentís como lo habrais,
á buen puerto vos llegais;
que á la fé que os tengo amor.
No lo saben sermonear
los de acá tan á lo miel;
quizás lo hace el buriel,
ó el carrasqueño manjar.
Mas vos, aunque cariharto,
en cada ojo socarron,

tenedes, si hechizos son,
dos varas de garabato (1).
Yo sirvo al mejor serrano
que toda la Limia tien;
es rico, y home de bien,
y cinco ducados gano.
Siete da á cada vaquero;
si él os recibe y conoce,
siete y cinco serán doce.
Juntaremos el dinero;
haremos hucha, yo y vos;
diez años le serviremos;
la alcancía quebraremos
á los diez años los dos.
A doce ducados, son
diez años, si bien lo cuento....
diez á doce.... veinti ciento;
que será lindo pellon.
Compraremos vacoriños;
(que los gallegos son bravos)
un prado en que sembrar nabos,
diez cabras y dos rociños;
cogerémos ya el centeno,
ya la boroa, ya el millo,
buen pan este, aunque amarillo,
sano el otro, aunque moreno;
gallinas, que con su gallo
mos saquen cada año pollos,
manteca de vaca en rollos,
seis castaños, un carvallo, (2)
una becerra y un buey;
y los diez años pasados,
podrá envidiarnos, casados,
el conde de Monterey.

CALDEIRA.

¡Diez años!

DOMINGA.

Pues ¿por qué no?

---

(1) No es este el consonante que corresponde.
(2) Roble.

CALDEIRA.

¡Diez años, y sin rascar!
¡Diez años! Será rabiar.

DOMINGA.

¿Mondaré nísperos yo?

CALDEIRA.

¿Cómo te llamas?

DOMINGA.

Dominga.

CALDEIRA.

Mi fiesta de guardar eres.
Si á lo prestado me quieres,
tu esclavo soy; ata y pringa.
Ya estarás golosmeada....
Mas dudar en esto es yerro.
¿Pasaste la cruz del Ferro?
que vendrás desojaldrada.
¿No has querido á nadie?

DOMINGA.

¿Yo?
Soy, por vida de mi padre,
tan virgen como mi madre
me parió.

CALDEIRA.

Deja el parió,
y á lo primero te llega;
pues ya sé yo, aunque porfías,
que son muchas gollorías
pedir doncellez gallega.

DOMINGA.

¿Cómo es tu nombre?

CALDEIRA.

Godiño.

DOMINGA.

¡Ay mi Godiño pachon!
(*Dale en la barba.*)
Encaja.

CALDEIRA.

¿Soy tu lechon?

DOMINGA.

No eres si mi vacoriño.
(*Suena música.*)

CALDEIRA.

¿Qué es esto?

DOMINGA.

Hay fiesta en el valle.

CALDEIRA.

¿Pues por qué?

DOMINGA.

Cumpre años hoy
la serrana de quien soy
criada, el mas lindo talle
que toda Galicia tien;
y su padre, que la adora,
convida á la sierra ahora.
Vamos.....—Mas nueso amo vien
con sus serranos.

CALDEIRA.

En fin,
¿hay hoy fiesta?

DOMINGA.

Y colacion.
¿Bailas?

CALDEIRA.

Como un Salomon.—
Digo: como un matachin.

DOMINGA.

Todo es uno.

CALDEIRA.

¿Y tú?

DOMINGA.

En el aire
doy mil vueltas.

CALDEIRA.

¡Ay chancera!

DOMINGA, *aparte.*

¡Qué en tan mala cara hubiera
tan quillotrador donaire!

ESCENA II.

MARIA. GARCI-HERNANDEZ. DON ALVARO.—DOMINGA. CALDEIRA.

GARCIA.
En casa, garzon, estais.
Maria pide por vos.
DON ALVARO.
Vivais mil años los dos.
GARCIA.
Consuelo en veros me dais.
¿Sabreis arar?
DON ALVARO.
En la huebra
no doy á nadie ventaja,
y por agosto la paja
que el trillo empedrado quiebra,
del grano aparto amarillo.
GARCIA.
Los gallegos al limpiallo,
robustos juegan el mallo,
y menosprecian el trillo.
DON ALVARO.
De todo sé lo que basta.
GARCIA.
¿Cómo os llamais?
DON ALVARO.
Yo, Vireno.
GARCIA.
Para vaquero sois bueno.
DON ALVARO.
Eso me viene de casta.
GARCIA.
Vaquero sereis.
MARIA.
Ya llega
el baile.

GARCIA.

Asentemonós.

DON ALVARO.

(*Aparte á Maria.*)

¿Que no seré yo por vos,
Mari-Hernandez la gallega?

ESCENA III.

CARRASCO. MARTIN. BENITO. CORBATO. GILOTE, *y otros serranos y serranas por un lado; por el opuesto* EL CONDE DE MONTEREY *y* ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

CONDE.

Razon, Garcia, fuera
que en vuestra fiesta yo parte tuviera,
si no por conde vuestro,
por vecino á lo menos.

GARCIA.

Señor nuestro,
regocijos serranos
no son para tan grandes cortesanos.
La mano vitoriosa
nos dad.

CONDE.

Alzad, alzad. ¿Quién se desposa?

GARCIA.

Nadie, señor; Maria
mi hija, y vuestra esclava, aqueste dia
cumple años, y festejo
la sierra, remozándome, aunque viejo.
Amor, en fin, de padre,
que en ella ve la imagen de su madre.

CONDE.

Hermosa estais, Maria.
No sé qué aguarda en darnos un buen dia
vuestro padre espacioso;
que ya vuestra belleza pide esposo.
¿Cuando os casais?

MARIA.

¿Qué manda?

CONDE.

Que es bien daros marido.

MARIA.

Ya se me anda.

GARCIA.

Pues, señor, ¿qué venida
es esta? Mas quien sabe vuestra vida,
ó en guerras ocupada,
ó en cazas de la paz ejercitada,
no pregunta discreto.

CONDE.

A negocios me envian de respeto
nuestros reyes, Garcia,
que concluir con Portugal querria.
Por esto me he pasado
tan cerca de vosotros, que olvidado
mi Monterey, habito
á Portela, castillo del distrito
de esta sierra.

GARCIA.

Debemos
gracias al rey Fernando, pues tenemos
tal señor por vecino
á causa suya.

DON ALVARO.

(*Hablando aparte á su criado.*)
Pues el conde vino,
Caldeira, á coyuntura
que pueda conocerme, no asegura
mi peligro este traje.
Quiérome retirar; que será ultraje
el verme de esta suerte.

CALDEIRA.

El conde es noble: no importara el verte,
como no se siguiera
que el rey don Juan de tí nuevas tuviera.

DON ALVARO.

En esto me resuelvo.

MARIA.

¿Vaisos?

DON ALVARO.

Sí.

MARIA.

¿Pues el baile?

DON ALVARO.

Luego vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

Los mismos, menos DON ALVARO.

CONDE.

No sea yo, Garcia,
estorbo en vuestra fiesta y alegria.
Prosígase, si es justo
que participe yo de vuestro gusto.

GARCIA.

Alto; pues quiere honrarnos
su señoría, no hay porque escusarnos.
Siéntese en este escaño,
que á falta de nogal, es de castaño.
(*Siéntase el conde.*)

CONDE.

Y vosotros y todo.

GARCIA.

No señor; bien estamos de este modo.

CONDE.

Esta es voluntad mia.

GARCIA.

Obedecer.
(*Siéntanse Garcia y María.*)

CONDE.

¿No ha de bailar Maria?

MARIA.

¿Quién duda, si él lo manda?

CONDE.

Ruégooslo yo.

MARIA.

Pues llegará mi tanda.
(*Aparte con su padre y Dominga.*)

¡Qué apacible!

GARCIA.

¡Qué llano!

MARIA.

Es conde.

GARCIA.

Es Acebedo.

DOMINGA.

Es castellano.

(*Bailan los serranos y serranas.*)

DOMINGA, *canta.*

Cando o crego andaba no forno,
ardèra lo bonetiño e toudo.
Vos si me havés de levar, mancebo,
¡ay! non me avedes de pedir celos.
Hum galan trage da cinta na gorra;
diz que lla deu la sua señora.
Quérole bem á lo fillo do crego;
quérole bem por lo bem que le quero.
¡Ay miña mai! passaime no rio;
que se levam as agoas os lirios.
Assenteime em hum formigueiro;
docho á o demo lo assentadeiro.

(*Óyense tiros de armas de fuego.*)

ESCENA V.

OTERO.—DICHOS. *Despues* DOÑA BEATRIZ *y* DON EGAS, *dentro.*

OTERO.

¡Nueso amo! ¡aquí de la sierra!
¡aquí del valle de Limia!
¡aquí de Dios y del rey!

GARCIA.

Otero, ¿qué esto?

OTERO.

Aprisa;
que vienen contra nosotros
los portugueses que habitan,

desde Chaves á Braganza,
las comarcas fronterizas.
Una muger huye de ellos
(mejor diré rayo) encima
de un caballo, que en los ayres
estampa huellas que pisa.
Socórrala, señor conde;
que las balas que la tiran,
entre nubes de humo y fuego
llueven, si no es que granizan.

DOÑA BEATRIZ.

(*Desde adentro, como que está lejos.*)
¡Serranos de estas montañas!
¡favor, ayuda!

DON EGAS, *dentro.*

La vida
te ha de quitar esta bala.

OTERO.

¡Aquí de la serranía!
que se pasa Portugal
á las sierras de Galicia.

GARCIA.

A ellos, pues, mis serranos.

CARRASCO.

Traigan chuzos, mallos, vigas.

CONDE.

¡Hay igual atrevimiento!

GARCIA.

Esto es, señor, cada dia.

DOÑA BEATRIZ.

(*Dentro, ya mas cerca.*)
¡Favor, montañeses nobles!

GARCIA.

Ligera dejó la silla
la animosa pertuguesa,
y á nosotros se avecina.

CONDE.

Bajemos á darle ayuda.

GARCIA.

El celo que trae, la libra
de tanto arcabuz.

DOMINGA.

Ya llega
al pie de nuesa montiña.

ESCENA VI.

—

DOÑA BEATRIZ, *de corto, una espada desnuda en la mano, un tahalí, y en él una pistola, mucha pluma en el sombrero, y un gavan de tela.*—DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.

Serranos de esta aspereza,
conservacion de la antigua
nobleza, de quien descienden
tantas casas de Castilla.....
¡Ilustre conde.....!

CONDE.

¡Marquesa!
¿qué desgracias os obligan
á que honrando nuestros montes,
crezcais con ellos mis dichas?

DOÑA BEATRIZ.

Ya no las tendré por tales,
pues en vuestro amparo olvidan
injustas persecuciones
de la ambicion y la envidia.
Desleales que disfrazan
con apariencias fingidas,
que al rey venden por verdades,
testimonios y mentiras,
cómplice, señor, me han hecho
de inocentes, que castigan
á persuasion de traidores,
autores de falsas firmas.
Mandóme prender el rey,
y á un don Egas, en quien cifra
el poder de su privanza,
á darle me necesita
palabra, y mano de esposa:
yo, que por no ver cautiva

la prenda mejor del alma,
menospreciaré la vida,
con favor de la lealtad
de vasallos, que en mí estiman
el valor que el rey desprecia,
me dieron la noche misma
de mi prision, un caballo;
y hechas las sábanas tiras,
quiebran rejas y ventanas,
y generosos me libran.
Discurrí toda la noche
á su sombra que encamina
los pasos á mi inocencia,
hasta que publicó el dia,
revelador de secretos,
mi fuga, y forzó á la ira
de un traidor, que priva, amante,
á que con otros me siga.
Alcanzáronme á la raya
de este reino, y á la vista
la traicion de mi lealtad,
viendo que el cielo la libra,
para que el paso me atajen,
ministros de plomo envian,
que en tribunal de venganzas
son varas de su injusticia.
Desvaneciólas mi suerte,
y de las sierras de Limia,
viendo mi sagrado cerca,
vergonzosos se retiran.—
Esta es, gran conde, mi historia,
si desdichada por mia,
ya tan dichosa por vos,
que mis agravios olvida.

CONDE.

A vuestros sucesos queda
nuestra tierra agradecida,
y yo mas, que me ocasiona,
señora, á que en ella os sirva.
No echeis menos vuestro estado,
mientras el tiempo averigua
verdades que permanecen

eternas, si perseguidas.
Haced cuenta que trocais
á Portugal por Castilla,
y á Chaves por Monterey,
pues desde ahora en su silla
sois absoluta señora;
y ella, estimando esta dicha,
amorosa os obedece
como á la condesa misma.
Los reyes Fernando y Juan,
quieren renovar antiguas
amistades, ya cansados
de que castillos y quinas
desconformes se maltraten;
y yo porque se consigan,
vengo, marquesa, á tratallas.
Entre tanto que se firman,
la condesa os servirá,
y regaláráos Galicia,
ya en Monterey, ya en Portela,
esa fuerza que á la vista
teneis, llave de este reino,
que coronando la cima
de aquel apacible monte,
entrambas rayas registra.

DOÑA BEATRIZ.

Sois, conde, al fin, Acevedo.
Con razon Fernando os fia
el peso de su privanza.

ESCENA VII.

UN CAZADOR.— DICHOS.

CAZADOR.

Señor, si la caza estimas,
ponte á caballo y verás
la mas apacible riña
que entre brutos desconformes
vieron estas sierras frias.
Abrazado á una colmena

un oso que de su almibar
enamorado, escaló
la custodia de una encina,
se defiende de tres perros,
que por mas que le persigan,
sin que el robo dulce suelte,
sus ardides desatina.
Guarda el hurto con un brazo,
y con el otro, á la esgrima
dando licion, ensangrienta
colmillos que en carne afila.
Es cosa hermosa de ver
las abejas que á cuadrillas,
en defensa de su alcazar,
le asaltan, cercan y pican;
y el desenfado con que
con los dientes les fatiga,
trasladando á sus entrañas
sus golosas oficinas.

CONDE.

No es presa de perder esta.
Si os servís, señora mia,
esperadme aquí entre tanto
que vuelvo.

CAZADOR.

Has de darte prisa,
si quieres llegar á tiempo.

GARCIA.

Vamos todos allá.

CAZADOR.

Encima
de esta loma se verá.

(*Vanse el conde y su acompañamiento, García y los serranos.*)

ESCENA VIII.

—

DOÑA BEATRIZ. MARIA. DOMINGA. CALDEIRA.

DOMINGA.

Cosa será entretenida.

¿No vas á verlo, serrana?

MARIA.

No estó para golosinas
de miel robada.

DOMINGA.

¿Por qué?

MARIA.

Porque estó hecha un acibar.

DOMINGA.

¿Qué te ha dado?

MARIA.

¿Qué sé yo?

DOMINGA.

El mal que se comunica,
dice el cura que se apraca.

MARIA.

Ven y sabráslo, Dominga.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA IX.

DOÑA BEATRIZ. CALDEIRA.

CALDEIRA.

Vuelva los ojos acá,
y hable vuestra señoría
á un diptongo portugues,
y gallego hermafrodita.

DOÑA BEATRIZ.

¡Caldeira!

CALDEIRA.

Dame á besar
dos dedos de zapatilla.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y mi conde?

CALDEIRA.

Ha renegado.

DOÑA BEATRIZ.

Acaba.

CALDEIRA.

La verdad limpia
te digo. Moro es el conde,
y aun peor, si el refran miras
de "antes moro que gallego."
Pero si me das albricias,
sígueme y verásle.

DOÑA BEATRIZ.

Vamos.
¡Ay dichosa fuga!

CALDEIRA.

Imita
al vaquero que en Moraina
calza abarca, y viste frisa.

DOÑA BEATRIZ.

¿A qué no obligan traidores?

CALDEIRA.

Y el amor ¿á qué no obliga,
pues me hace sábado?

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo?

CALDEIRA.

Porque vaya tras Dominga. (*Vanse.*)

Bosque.

ESCENA X.

DOMINGA. MARIA, *muy triste.*

DOMINGA.

Mal segura zagaleja,
la de los lindos ojuelos,
grave honor de los azules,
dulce afrenta de los negros,
¿qué tienes de ayer acá,
que á lo que colijo de ellos,

desveladas inquietudes
les tiranizan el sueño?
Ojeras se les atreven,
si es, serrana, atrevimiento
que patenas de cristal
guarnezca el amor de acero.
Risueñas y alegres niñas
daban risa al prado, y celos
á la flor de aquestos lirios,
al turquí de aquellos cielos.
Aojado te han, mi serrana:
mucho lloras; mal te han hecho.
¡Pregue á Dios que no te opilen
pensamientos indigestos!
Callan lenguas y hablan ojos;
que á fé cuando sale el huego,
serrana, por las ventanas,
que no huelgan allá dentro.
¿Qué tienes, la mi querida?
Dímelo á mí, y apostemos
que te curo por ensalmo.

MARIA.

¡Ay, Dominga, que me muero!

DOMINGA.

¿Hásete antojado algo?
que diz que en aquestos tiempos
hay doncellas con antojos.
¿Has comido barro, ó yeso?

MARIA.

No, Dominga.

DOMINGA.

¿Dónde sientes
el dolor?

MARIA.

Aquí so el pecho
mas de dos mil aradores
ell alma me están royendo.
Son, mi serrana, agridulces,
y entre pesar y contento,
causan lágrimas con risa;
hártanse de puro hambrientos.
Ven acá: ¿qué es cosicosa,

que lo que adoro aborrezco,
lo que me pesa hallar busco,
lo que me abrasa es de yelo?
Sin querer, ando acechando
de ayer acá.

DOMINGA.

Serán celos,
medio nieve y medio brasas,
calosfrios del enfermo.

MARIA.

¿Celos se llama este mal?

DOMINGA.

Sí, amiga.

MARIA.

¿Y por qué no infiernos?

DOMINGA.

Si allá hay frio con calor,
el nombre le viene á pelo.

MARIA.

Y este mal ¿tiénenle muchos?

DOMINGA.

¿Quién hay que se libre de ellos?
Mas que flores el verano,
mas que escarchas el invierno.
¿Ves esas yedras y parras,
de esos álamos enredos?
Pues celosas de sus hojas,
tienen ya sus troncos secos.
Celos que del prado tiene,
hacen que aquel arroyuelo,
hechos labios sus cristales,
se coma aquel lirio á besos.
No hay criatura sin amor,
ni amor sin celos perfeto,
ni celos libres de engaños,
ni engaños sin fundamento.
El ave, la planta, el bruto, (1)

(1) A este verso sigue en la edicion original el de *soldemente escapa el necio.* Como es evidente que falta algo entre ambos, se han añadido los dos intermedios, para que, aunque malos, completen el sentido.

no se libran de tormentos
celosos, en fé de que aman;
soldemente escapa el necio
de su daño, porque dicen
que es solo mal de discretos.
Hasta el cielo les hurtó
el nombre, si no el efeto.

MARIA.

Pues si esos celos se llaman,
mi Dominga, celos tengo.

DOMINGA.

¿Luego amor?

MARIA.

¿Qué me sé yo?
Mal me pagan, y bien quiero;
sola, estoy acompañada,
como poco, menos duermo.

DOMINGA.

¿Enamorada y celosa?
¡Buen guisado habemos hecho!
Convida á la voluntad,
que ese es su mejor sustento;
mas carga poco la mano
de celos, que son pimientos,
y pocos le dan sabor;
muchos echan á perdello.
Mas ¿qué va, que es esta dicha
del polido forastero?

MARIA.

¡Ay prima! no me le nombres.

DOMINGA.

¿Le aborreces?

MARIA.

Le aborrezco,
pero es de puro adoralle.

DOMINGA.

Pues ¿cómo puede ser eso?

MARIA.

Ámole por ser tan lindo,
tan sabio y tan hechicero;
y aborrézcole, Dominga,
por ver el mal que me ha hecho,

porque ell alma me ha robado,
porque me mata de celos.

DOMINGA.

¿De celos? ¿Pues sabes tú
que quiere bien?

MARIA.

A saberlo,
Dominga, ahí fuera el diabro;
mas si no lo sé, lo temo.

DOMINGA.

Ya eres maesa de amar;
mas pues descubres secretos,
sábete que yo tambien....

MARIA.

¿Amas?

DOMINGA.

Estó dada á perros.

MARIA.

¿Por quién?

DOMINGA.

Por un bellacon,
que enamora por lo feo,
por lo socarron hechiza,
por lo gracioso me ha muerto.

MARIA.

¿Y quién es?

DOMINGA.

Es un Godiño,
que si no es sol, por ser negro,
si cual dicen anda en carro,
puede ser su carretero.

ESCENA XI.

—

DON ALVARO.—MARIA. DOMINGA.

DON ALVARO.

Preguntando yo á las flores,
adonde, serrana mia,

mi deseo te hallaría,
dijeron que en sus colores
tus cabellos robadores
la yerba del sol pintaban;
azucenas retrataban
en tu frente su candor;
las niñas del niño amor
flores al lirio robaban.
Rosas fueron los pinceles
de tus mejillas hermosas;
mas no envidiaron sus rosas
de tus labios los claveles.
Como amor era el Apeles,
supo en tu boca copiar
dientes y aliento de azahár,
pasándose satisfechos
los jazmines á tus pechos,
y envidiando yo el lugar.
El todo de tu belleza,
las maravillas; de modo
que eres maravilla en todo
de nuestra naturaleza.
Realce su sutileza
el campo, sabio pintor
de tanta agregada flor;
que pues en tí se vé junto,
serás, siendo él tu trasunto,
ramillete del amor.

MARIA.

¡Qué arrumaquero venís!
¡qué de juncia derramais!
¿Haciendo halagos llegais?
Culpado, á la hé, os sentís.
En las flores que fingís
que en mí emplea el campo verde,
os escondeis; mas recuerde
vuestro engaño mis temores;
que la culebra en las flores
vende rosas, cuando muerde.

DON ALVARO.

¿Culpado yo? ¿pues por qué?

MARIA.

¿Es poco haberme quitado
el sueño anoche, y llorado
hasta que me levanté?

DON ALVARO.

¿Llorado vos?

MARIA.

Sí, á la hé.

DON ALVARO.

¿Tanto mal la vista os hizo?

MARIA.

Mal y bien.

DON ALVARO.

¡Ay bello hechizo!

MARIA.

Estais en amar muy ducho;
engañais y sabeis mucho;
quisiéraos yo primerizo.
Dejareis en vuesa tierra
la memoria y voluntá;
traireis las sobras acá
para que á mí me hagan guerra.
Pues tambien las de la sierra
son personas, lisonjero.

DOMINGA.

Coger aquel nido quiero;
que en juegos de amor, ya es llano
que se juega mano á mano
mejor, que cuando hay tercero. (*Vase.*)

ESCENA XII.

MARIA. DON ALVARO.

MARIA.

¿Habeis tenido allá amor
en vuestra tierra?

DON ALVARO.

Tenia;
mas viéndoos á vos, Maria,

luego se olvidó.

MARIA.

¡Ay traidor!

DON ALVARO.

Por la hermosura mayor,
no es maravilla olvidar
la menor.

MARIA.

Ni en mí el dudar
que quien se olvida y ausenta,
haciendo de su amor venta,
querrá comer y picar.

DON ALVARO.

¿Hay donaire, hay gracia, hay gusto,
que con este se compare?
No haya mas, mi bien; repare
mi buen crédito ese susto.
Si tiene mi amor mas gusto
del que en tu hermosura veo,
si contigo el sol no es feo,
mi esperanza y aficion,
sin llegar á posesion,
se queden en el deseo.

MARIA.

En fin, ¿no la quereis bien?

DON ALVARO.

Tú sola eres mi querida.

MARIA.

¿Por mi vida?

DON ALVARO.

Por tu vida.

MARIA.

¿Y por la vuestra?

DON ALVARO.

Tambien.

MARIA.

¿Era hermosa?

DON ALVARO.

Los que ven
ese hechizo, aunque serrano,
todo otro amor juzgan vano.

MARIA.

Pues jurad, si sentís eso,
sobre esta cruz.

DON ALVARO.

Juro y beso.

(*Tómale la mano y bésasela: sale doña Beatriz.*)

MARIA.

Sí, por besarme la mano.

ESCENA XIII.

DOÑA BEATRIZ.—MARIA. DON ALVARO.

DOÑA BEATRIZ.

(*Antes de ver á las dos.*)
Aquí dicen que quedaba.

DON ALVARO.

Marquesa.....

DOÑA BEATRIZ.

Marquesa soy,
que á marcar agravios vengo,
en vez de marcos de amor.
Quien tan bien penas divierte,
y con tanta prevencion
á enfermedades de ausencia
tan presto antídoto halló,
no morirá malogrado.
¡Qué cortesano que sois!
Besamanos dais cumplidos;
que hasta aquí pensaba yo
que se daban de palabra;
mas puestos por obra no;
si no es que le deis el pulso,
vos enfermo, ella dotor.
¡Bien pagais obligaciones
de quien desprecia por vos
créditos, que ya fallidos,
pone el vulgo en opinion!
Mas quien á palabras de hombre
deudas de fama empeñó,

cobre en crédito de injurias
desengaños de su amor.
No sin causa el rey don Juan.....

DON ALVARO.

Basta, marquesa.

DOÑA BEATRIZ.

No soy
sino infierno de mis celos.

DON ALVARO.

Basta; templad el rigor,
y admitid satisfacciones.

MARIA.

No hay que dar satisfaccion
á quien en preitos agenos
se mete. Aqueste garzon
ha de ser mi esposo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo?

MARIA.

Comiendo.

DOÑA BEATRIZ.

Y matándoos yo.

MARIA.

¿Matar? ¡Verá la sebosa!

DOÑA BEATRIZ.

¡Oh rústica! Vive Dios,
que mis celos y tu vida
han de acabar juntos hoy.

(*Saca una daga, y Maria se desciñe una honda y toma una piedra.*)

MARIA.

Téngase ahuera, la digo.

DON ALVARO.

¿Estais sin seso?

DOÑA BEATRIZ.

Sí estoy.

MARIA.

Yo tambien, pues tiro piedras.

DOÑA BEATRIZ.

Pasaréla el corazon.

MARIA.

Pues pasad y no me erreis;

que si errais, á fe de Dios,
que al primer morro que os tire,
no me habeis de esperar dos.

(*Andan una tras otra y metiéndose enmedio don Alvaro.*)

DON ALVARO.

Maria, marquesa, basta.

DOÑA BEATRIZ.

Quita de enmedio, traidor.

MARIA.

Déjeumos á mí, y á ella.

DON ALVARO.

¿Hay mas ciega confusion?

DOÑA BEATRIZ.

Ya yo sé matar ingratos.

MARIA.

Ya yo sé, si vuelta doy
al cáñamo, dar en tierra
con el toro mas feroz.

DON ALVARO.

Marquesa, serrana mia.....

DOÑA BEATRIZ.

¿Mia, villano? Eso no.

MARIA.

¿No, sebosa? Aunque os repese.

ESCENA XIV.

—

DOMINGA.—MARIA. DOÑA BEATRIZ. DON ALVARO.

DOMINGA.

María, padre y señor
llama.

MARIA.

No hay padre que tenga.

DOMINGA.

Que da voces.

MARIA.

Venid vos
conmigo, é iré, Vireno;
porque en quedándoos, me estoy.

DON ALVARO.

Id, serrana; que entre tanto
que dais la vuelta, los dos
averiguaremos pleitos,
que en provecho vuestro son.

MARIA.

Dad al diabro esos provechos;
que no quiere mas amor,
para echar á un lado enojos,
si que haya averiguacion.

ESCENA XV.

OTERO.—DICHOS.

OTERO.

Nueso amo llama, Maria.

MARIA.

Mal llamado le dé Dios.

UNA VOZ DENTRO.

¡Maria!

MARIA.

Sebosa, para esta.
¡Ay Dominga! ¡Muerta voy!
(*Vanse Maria y Dominga.*)

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ. DON ALVARO.

DOÑA BEATRIZ.

Estoy tan arrepentida
de los estremos que he hecho,
conde, cuanto satisfecho
vos de vuestra fe rompida.
Una injuria conocida
¿á quién no saca de sí?
y mas siendo frenesí

cualquier ímpetu de amor.
Ya ha cesado su rigor:
gloria á Dios, ya he vuelto en mí.
Quien con tal facilidad
quiebra á quien ama, la ley,
mal probará que á su rey
no ha quebrado la lealtad.
La duda de esta verdad
tan á mi costa ha salido,
que, estado y honor perdido,
vienen á cobrar mis daños,
á plazos de desengaños,
deudas de amor en olvido.
Pero, pues así sucede,
restaurará su caudal
el alma; que no es gran mal
el que remediar se puede.
Aquí sepultada quede
mi memoria desdichada,
en vos tan mal empleada,
porque despues se mejore.—
No os espante que la llore,
pues muere, en fin, malograda.

DON ALVARO.

Sintiera ser su homicida,
si escondido no supiera
que cuando para mí muera,
para el rey la dareis vida.
Memoria tan prevenida,
que á costa de su firmeza,
quiere á un conde en la corteza,
y ama á un rey en lo interior,
siendo de dos este amor,
no es razon que os dé tristeza.
¿Por qué llamais malograda
la memoria y voluntad
de un cuerpo con libertad,
que encierra un alma casada?
Si está en un rey empleada,
no culpeis mis escarmientos;
no desecheis fundamentos
de quien puede conservar

el cuerpo libre, y gozar
casados los pensamientos.

DOÑA BEATRIZ.

De culpas que me argüís,
conde, escusas no espereis;
que bien sé que lo entendeis
al revés que lo sentís.
Cauteloso os prevenís;
que ya yo sé que es traicion
de tan sutíl discrecion,
que cuando amor deudas forma,
cartas de pago transforma
en cartas de obligacion.
Negad, puesto que discreto,
desleal la que os obliga;
y de vuestras quejas diga
la causa, conde, este efeto.
Por guardar al rey respeto,
y engañar vuestro enemigo,
fingiendo amarle, le obligo:
¡ved cuán recto juez haceis,
pues por gracias que debeis,
me dais sin culpa el castigo!
Que para que sea mayor
en mí, si en esto os agrado,
restituida en mi estado,
haré pechero mi amor.
A vuestro competidor
daré, aunque muera, la mano,
pues la gracia del rey gano;
y vos con igual muger,
villano en el proceder,
sereis del todo villano.

DON ALVARO.

Marquesa, Beatriz, mi bien,
celos necios é impacientes,
fiscales impertinentes
de amor, disculpa me den.
Llámanse Argos, y no ven;
son necios por presumidos;
y dividiendo sentidos,
por dar á su dueño enojos,

viendo al amor en los ojos,
viven siempre en los oidos.
Oí lo que, á no ser loco,
diera paz á mis desvelos;
que son lógicos los celos,
mi bien, y discurren poco.
Sus pareceres revoco;
castiga tú mi impaciencia;
y si das á la prudencia
mas lugar que á la venganza,
disculpen esta mudanza
celos, ocasion y ausencia.

DOÑA BEATRIZ.

¿Paréceos á vos bastante
ese descargo?

DON ALVARO.

Mi bien,
perdon tus brazos me den,
y no pases adelante.
Si no basta el ser tu amante,
daga tienes homicida:
sácame el alma rendida.

DOÑA BEATRIZ.

Será, ingrato, porque así,
si tu alma vive en mí,
me dé á mí misma la herida.
Mucho tiene de rapaz
amor: ¡qué presto se enoja!
¡qué presto que el arco arroja,
ya de guerra, ya de paz!
No eres de perdon capaz; (1)
pero ¿cuándo le negó
quien tierno y constante amó?
Pues cuando lo dilataras,
y á pedirle no llegaras,
era fuerza el llegar yo.

(1) Digno.

ESCENA XVII.

EL CONDE. GARCIA. ACOMPAÑAMIENTO.—DOÑA BEATRIZ. DON ALVARO.

CONDE.

No he tenido yo, Garcia,
mayor entretenimiento
despues que la caza curso.

GARCIA.

¡Valiente defensa ha hecho
el oso!

CONDE.

¡Oh marquesa ilustre!
La vuelta á Monterey demos,
porque la condesa goce
brazos de huesped tan bello.

DOÑA BEATRIZ.

Otro, gran conde, teneis,
que ocasiona mi destierro,
y á vuestra sombra se ampara.

CONDE.

¡Don Alvaro! ¿Qué es aquesto?

DON ALVARO.

Disfraces de la lealtad,
que traidores persiguieron,
y en vuestro valor confian.

CONDE.

Infinito debo al cielo,
pues me ocasiona á serviros.
Garcia, vuestro vaquero
fue don Alvaro Ataíde.

GARCIA.

Gran señor, los pies os beso.—
¿Hay suceso semejante?

ESCENA XVIII.

MARIA. DOMINGA. CALDEIRA.— DICHOS.

MARIA.

En fin, Dominga, ¿Vireno,
y la portuguesa aguarda?

CONDE.

Mi rey Fernando y el vuestro
quieren perpetüar paces,
y espero de sus conciertos,
conde, vuestra libertad.

CALDEIRA.

(*Hablando aparte con su amo.*)
¿Luego ya te conocieron?

DON ALVARO.

Sí, Caldeira: á ser dichoso
desde este punto comienzo,
pues está Beatriz conmigo.

CONDE.

Vamos, señores; que quiero
dar á mi estado un buen dia.

DON ALVARO.

(*A Maria.*)
De la voluntad que os debo,
y es imposible pagaros,
servirá de desempeño,
serrana, aquesta sortija.

MARIA.

Si es señal de matrimeño,
y conmigo heis de casaros,
espetádmela en el dedo.

DON ALVARO.

Yo, Maria, soy el conde
de Silveira, y es mi dueño
Beatriz, marquesa de Chaves.

MARIA.

Pues echalda con mal huego.

DON ALVARO.

A Dios, graciosa serrana.

MARIA.

¿Y que sois conde, de vero? (1)

DON ALVARO.

Y la marquesa mi esposa.

MARIA.

¡Ay padre! desmayos tengo.

CALDEIRA.

(*Aparte con Dominga.*)

Dominga, á Dios; que me acojo.

DOMINGA.

¿Te vas? ¿Cuándo nos veremos?

CALDEIRA.

Los domingos, si es que gustas
ser mi sayo dominguero.

DOMINGA.

¿Pescudaré por Godiño?

CALDEIRA.

Caldeira por nombre tengo.

DOMINGA.

Seguiréte, porque vaya
la soga tras el caldeiro.

(*Vanse todos, menos Maria.*)

ESCENA XIX.

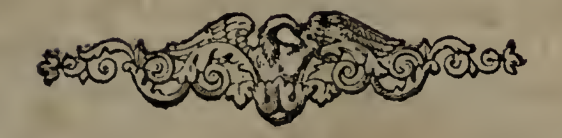
MARIA.

¡Cielos! ¡que es Vireno conde!
¡que tiene esposa Vireno,
y llevándose allá ell alma,
á escuras me deja el cuerpo!
¡Aquí de Dios y del reye!
¿Él casado y yo en tormento?
¿ella alegre, yo llorando?
¿los dos vivos, yo muriendo?

---

(1) De veras.

No lo sufrirá mi injuria;
no lo admitirán mis celos.
Donde hay agravio, hay venganza;
donde hay amor, hay ingenio.
Uno y otro han de mostrar
como castiga desprecios
la gallega Mari-Hernandez.
¡Ay portugues feiticeiro!



ACTO TERCERO.

Campo cerca de Monterey.

ESCENA I.

EL REY. SOLDADOS PORTUGUESES.
(*Tocan dentro cajas.*)

REY.
Cuando se tratan paces con Castilla,
¿tiene el de Monterey atrevimiento
de amparar foragidos en su villa,
sin reparar mi justo sentimiento?
¿A la marquesa y conde, que á mi silla
aspiraban, y fueron fundamento
de justos, aunque trágicos castigos?
¿El conde á mis mayores enemigos?
Cesen las paces, pues; vuelva la guerra;
esperimente el conde indignaciones
de un rey airado: poblaré su tierra
segunda vez de armados escuadrones;
cercaré á Monterey que los encierra;
y si es traicion favorecer traiciones,
á imitacion de Troya, al destruilla,
mañana será llamas, si hoy es villa.

SOLDADO 1.º
La justa indignacion, señor, que alegas,
á la venganza solicita manos.
Limia es el valle donde armado llegas,
y faldas de esas sierras estos llanos.
A asegurar el paso fue don Egas;
que aunque sus moradores son villanos,
ánimo sus fronteras les han puesto.

REY.
Vencerálos don Egas.—Mas ¿qué es esto?

ESCENA II.

MARIA, *que sale con un mallo peleando contra* DON EGAS *y algunos* SOLDADOS PORTUGUESES, *con broqueles.*— DICHOS.

SOLDADO 2.º

Rayo ó muger ¿qué nos quieres?—
¿Hay valor mas prodigioso?

MARIA.

No me ha de quedar seboso
á vida.

REY.

¡Tales mugeres
tiene Galicia, Silveira!—
Dejalda: no le hagais mal.

MARIA.

¡Qué! ¿cuidaba Portugal
que era sola su forneira?
Pues á fe de Dios, si torno
á enojarme, aunque aquí os hallo,
que estimedes mas mi mallo,
que la pala de su forno.
Con este, al segar las mieses,
limpia el trigo nuesa tierra,
y las fembras de la sierra
despachurran portugueses.
No huyais si quereis proballo:
aguarde el que no lo crey.

SOLDADO 1.º

Detente; que está aqui el rey.

MARIA.

¿El rey? Pues arrojo el mallo.

REY.

¿Con portugueses, serrana,
tal furia?

MARIA.

De un tiempo acá,
si va á decir la verdá,

los mato de buena gana.

REY.

¿Por qué?

MARIA.

Un portugues mancebo
se hizo en mi casa mandon,
y en gozando la ocasion,
se deshizo como sebo.—
Pero venga acá: ¿no es él
el rey?

REY.

Sí.

MARIA.

¿Y hará justicia
de un portugues que á Galicia
vino, diz que huyendo de él,
y entrando, que parecia
la gata de Mari-Ramos,
robó la hacienda á sus amos,
y el corazon á Maria?

REY.

¿Llamaisos vos así?

MARIA.

¡Y cómo!
Nunca yo en ella le viera.
Entró blando como cera;
salió duro como plomo.
¿Conoce él á un don Alváro,
y á cierta doña Beatriz,
pintada como perdiz,
que pidiéndomos amparo,
almas y caballos pica
con celos y con espuelas?

REY.

Sus alevosas cautelas
mi enojo te certifica.
Por su causa hago esta guerra
al conde de Monterey.

MARIA.

No guarda el ingrato ley.
Mala gente hay en su tierra.
Hechizóme á lo serrano;

burlóme á lo portugues;
huése á Monterey despues;
tarde lloro; creí temprano.
¡Ay! ¡qué le contara yo,
si no tuviera vergüenza!
Mire, ya que amor comienza
á informarle: anocheció;
y yo despierta, á cierra ojos,
y entre dos luces dormida,
el alma en él embebida,
la voluntad con antojos,
y á escuras el aposento,
pisando huevos entró;
y entonces..... ¿Qué me sé yo
¡ay Dios! cómo se lo cuento?
Tanto supo acariciar,
tanto vino á prometer.....
Era hombre, en fin, yo muger;
en algo habia de parar.
No resiste quien desea;
y como me mostró amor,
llegó..... y pregue á Dios, señor....

REY.

En fin.....

MARIA.

Que orégano sea.
Mas esto hue con promesa
que habia de ser mi marido.
Hase el traidor acogido
con la Beatriz portuguesa;
y hanme dicho que los dos,
segun el amor se enseñan,
dentro un mes se matrimeñan;
que mala pro los dé Dios.

REY.

No harán mientras yo viviere,
ni permitirán los cielos
tu menosprecio y mis celos.

MARIA.

Mire, si él cogerlos quiere,
y me promete casar
con él, sin hacelle daño,

la muger todo es engaño,
y mas cuando viene á amar.
Yo sabré, si á Monterey
voy, herle que huera salga:
de los ardides se valga,
que en la guerra diz que es ley.
Haga que aguarde en secreto
á la puerta alguna gente;
prenderále de repente
á la noche; y en efeto,
antes de ir á Portugal,
hará que mi dueño sea;
que aunque me dejó, no crea
que ell hombre me quiera mal.

REY.

Si eso, donosa María,
cumpliésedes vos, mis celos
darán fin á mis desvelos.
Buscaba yo alguna espía,
que yendo allá, me avisase
la defensa de esa villa,
porque para combatilla,
diligente me industriase;
pero si estan sobre aviso,
¿cómo podreis entrar vos,
y salir?

MARIA.

¡Válgame Dios!
Nunca halló estorbo quien quiso.

REY.

Muestras de vuestro valor
acabo ahora de ver.
¿Qué no intenta una muger,
que tiene celos y amor?
Cumplid como prometeis;
que si de Monterey sale,
mi fe os doy....

MARIA.

¿Perdonarále?

REY.

Como el amor estorbeis,
con que han hecho resistencia

á mi voluntad los dos,
siendo esposa suya vos,
no dudeis de mi clemencia.

MARIA.

Es caballero, y dirá
que no soy yo caballera.

REY.

Aunque mi sangre tuviera,
el rey calidades da.
Noble y marquesa os haré,
antes de ir á Portugal.

MARIA.

Jure.

REY.

Mi palabra real
es la mas segura fe.

MARIA.

¿Y la gente?

REY.

Yo en persona,
en secreto, he de aguardalle.

MARIA.

¡Mal año! Querrá matalle.

REY.

Mi fe y palabra me abona.

MARIA.

Mire que no ha de herle mal.

REY.

No haré.

MARIA.

Ni á la portuguesa.

REY.

No goce él á la marquesa,
y pídeme á Portugal. (*Vanse.*)

Sala en el palacio del conde de Monterey.

ESCENA III.

EL CONDE. DON ALVARO. CRIADO 1.º

CONDE.

Aplacaráse el furor
con que el rey portugues viene,
y conocerá que tiene
en mí un grande servidor.
No es mal trato el amparar
amigos que de traidores
huyen, y piden favores,
pudiéndoselo yo dar,
pues aun no estan concluidas
con nuestros reyes las paces,
que se tratan.

DON ALVARO.

Satisfaces
con tu valor á dos vidas
que solo estriban en tí;
pero si por mi ocasion
de mi rey la indignacion
tu estado destruye así,
mejor será retirarme
á Castilla, y dar lugar
al tiempo.

CONDE.

Con amparar
vuestra vida, he de ilustrarme.
Orden de mis reyes tengo,
mientras que se ven los dos,
de que á la marquesa y vos
os tenga aquí. Ya prevengo
modo con que al rey don Juan
desengañe, y si os persigue,

clemente el furor mitigue.
(*Al criado.*)
¿Cuántas leguas estarán
de aquí?

CRIADO 1.°

En Limia han hecho alto,
y á la vista de Portela,
nuestra montaña recela
que la sitie ó la dé asalto.

CONDE.

¿Trae mucha gente?

CRIADO 1.°

Serán
diez mil, cada cual Viriato
portugues.

CONDE.

Si no es por trato,
no teme del rey don Juan
mi Portela sitio largo,
aunque su poder la cerque.
A nuestra villa se acerque;
que de aplacalle me encargo.

ESCENA IV.

CRIADO 2.°—DICHOS.

CRIADO 2.°

Cierto fidalgo que pasa
á Santïago, está aquí.

CONDE.

¿De Galicia?

CRIADO 2.°

Señor, sí,
y deudo de vuestra casa.
No prosigue su camino,
receloso de esta guerra,
y así en Monterey se encierra.

CONDE.

Entre el deudo, ya que vino.
(*Vanse los criados.*)

ESCENA V.

MARIA, *de gallego honrado.* DOMINGA.—EL CONDE.
DON ALVARO.

MARIA.

Dëime á besar os pes,
señor, vossa señoría,
porque muito dezejaba
conocer a rama antiga
do tronco de quem descendo.

CONDE.

Alcese, hidalgo; que estima
nuestra casa á los parientes.
¿De dónde es?

MARIA.

Meu pai decia
ser fidalgo de Betanzos;
casouse com a mai miña,
fidalga de Calabazos.
Depois os dous se aveciñam,
pertiño de Santïago,
em huma feligresía,
que tem por nome Morrazos;
donde víndose parida,
me pus o nome que teño.

CONDE.

¿Y es su nombre?

MARIA.

Juan Garcia
de Morrazos.

CONDE.

¡Blason nuevo!
Yo hasta ahora no sabia
tener parientes Morrazos.

MARIA.

¿Pois non basta que eu o diga?

CONDE.

Sí; mas con todo esto quiero

informarme por qué línea
emparentamos los dos.

MARIA.

Teña maon sua señoría.
O meu pai foi cociñeiro
de vosso pai muitos dias,
porque de nossa nobreza
foi o solar sua cociña.
Sendo cociñeiro, pois,
e probando a comida
que guisaba, craro está
que o mesmo manjar comia
o meu que o vosso pai.
Isto ¿he verdade?

CONDE.

Prosiga;
que es su humor mas sazonado
que los manjares que guisa.

MARIA.

Das comidas, ¿non se faz
o sangue con que se crian
os corpos?

CONDE.

¿Quién duda de eso?

MARIA.

Pois si á comer ambos viñan
dia e noite d' hum manjar,
craro está que ambos dois tiñan
hum sangue mismo em dois corpos.
Sendo ansí, bem se averigua
que decendemos d' hum sangue
eu, e vossa señoría,
e que sendo seu parente,
me ha de facer cortesía.

CONDE.

No puedo negar el deudo;
que es la prueba peregrina
bastante á ejecutoriarse
en cualquier chancillería.
(*Aparte con don Alvaro.*)
¿Qué juzgais, conde, de aquesto?

DON ALVARO.

Que ocasionando la risa,
viene un cocinero á ser
el mas noble de Castilla.

CONDE.

Pues bien, ¿qué es lo que ahora quiere
en mi casa el buen Garcia
de Morrazos?

MARIA.

Os parentes
facendosos em Galicia,
á escudeiros do seu sangue,
cuando son pobres, se obrigan
de mante-los em seu honor,
e sustentar sua familia.

CONDE.

¿Luego quiere estar conmigo?

MARIA.

Queiro.

CONDE.

Pues desde este dia
le asigno gages.

MARIA.

Os pes
me dai, non porque vos sirva,
(que non sirven os Morrazos)
mas porque desde hoje viva
á vossa custa em descanso.

CONDE.

(*Aparte con don Alvaro.*)
A la infanta de Castilla
pienso, conde, presentarle.

DON ALVARO.

Su donaire es tal, que cifra
en sí todos los gracejos.
¡Donoso humor!

CONDE.

Pieza es rica.

ESCENA VI.

UN CRIADO.— DICHOS.

CRIADO.

Con cartas, señor, del rey
llega á este punto Padilla
de la corte.

CONDE.

Voy á verlas;
(*Vase el criado.*)
que no dudo de que escriban
por vos y por la marquesa
á vuestro rey.

DON ALVARO.

Si apadrinan
sus favores mis desgracias,
resucitarán mis dichas,
siendo vos mi protector.

CONDE.

(*A Maria.*)
Esperadme aquí.
(*Vanse el conde y don Alvaro.*)

ESCENA VII.

MARIA. DOMINGA.

DOMINGA.

Maria,
¿en qué dibujos me metes?

MARIA.

Hoy tienes de ver, Dominga,
milagros de amor y celos.

DOMINGA.

¡Pregue al cielo!

MARIA.

Calla y mira.

DOMINGA.

¿No es pecado levantar
testimonios y mentiras
á don Alvaro?

MARIA.

¿Yo en qué?

DOMINGA.

En que al rey don Juan le digas
que te gozó.

MARIA.

La muger
que de un hombre fue querida,
ya es gozada en el deseo,
y la afrenta, si la olvida.

DOMINGA.

¿Y piensas sacarle al campo?

MARIA.

Mis celos le desafian.

DOMINGA.

¿Y si el rey don Juan le mata?

MARIA.

Su palabra real es firma
de resguardo.

DOMINGA.

¡Pregue á Dios!
Al mi Caldeira querria
ver, y engañarle tambien;
que estó en su ausencia perdida.
Pero hétele donde viene
con el tu conde. En su vista
se me emboba toda ell alma;
que aunque socarron, hechiza.

ESCENA VIII.

—

DON ALVARO *y* CALDEIRA, *leyendo.*— MARIA. DOMINGA.

DON ALVARO.

(Lee.) *Esta noche, en fin, quisiera
veros; que os tengo que hablar
muchas cosas....*

CALDEIRA.

(Lee.) *Si á casar....*

(Habla.) ¡Oh! ¿Carta casamentera?
¡Mal año! Nones me llamo.

(Lee.) *Te determinas conmigo....*

DON ALVARO.

(Lee.) *Que amor, constante testigo....*

CALDEIRA.

(Lee.) *Haré que hablen á tu amo....*

DON ALVARO.

(*A Caldeira.*)

¿Qué es eso?

CALDEIRA.

Nos empapelan.
Si la marquesa te escribe
despues que encerrada vive,
tambien por mí se desvelan
damas fregonas.

DON ALVARO.

¿Por tí?

CALDEIRA.

Hechiza mi parecer.

DON ALVARO.

Anda, salte allá á leer.

CALDEIRA.

Bien acierto á lêr aquí.

(*Leen ambos.*)

DON ALVARO.

Que amor, constante testigo,
y tan poco firme en vos....

CALDEIRA.

Casarémonos los dos,
si á tu señor se lo digo.

DON ALVARO.

Teme segundos desprecios.

CALDEIRA.

Mondonga soy de palacio....

DON ALVARO.

(*A Caldeira.*)

¡Hola!

CALDEIRA, *leyendo.*

Míralo despacio....

DON ALVARO.

¡Ah, necio!

CALDEIRA, *leyendo.*

Que hay condes necios.

DON ALVARO.

Enviaréte noramala....

CALDEIRA, *leyendo.*

Para tí, señor, he hallado
favor. En casa....

DON ALVARO.

Él ha dado
en bufon. Sal de la sala,
majadero....

CALDEIRA, *leyendo.*

Sois, amigo..

(*A su amo.*)

¿No lês tú? Tambien yo leo.

DON ALVARO.

Si me enojo....

CALDEIRA, *leyendo.*

Que aunque feo,
rabio por casar contigo.

(*A su amo.*)

Ya yo acabé mi paulina;
la tuya puedes leer,
si es paulina la muger
que casarse determina,
aunque no se llame Paula.

DON ALVARO.

A no mirar que eres loco,
te hubiera....

CALDEIRA.

No lo soy poco,
aunque no estoy en la jaula;
mas ¿qué seré si me caso?
Archiorate, protonuncio.
¡Malos años! abernuncio.
Lee; no hagas de mí caso.

DON ALVARO.

(Lee.) *Teme segundos desprecios;*
que aunque ausente de la sierra,
su memoria os hará guerra.

Los celos pecan de necios.
Olvidad vos sus serranas,
y aseguradme despacio
esta noche; que en palacio
hay terrero y hay ventanas.
No quiere Beatriz perder
los privilegios de dama.
A que la ronde me llama:
su galan tengo de ser,
mientras no fuere su esposo.—
Prevenme capa y rodela.

CALDEIRA.

La mondonga me desvela.
Acompañarte es forzoso;
que aunque á la Dominga mia
rendir el alma propongo,
el sábado es de mondongo,
y el domingo es otro dia.
Con la mondonga, me avisa
el sábado mondongar,
y con Dominga, mudar
cada domingo camisa. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

MARIÁ. DOMINGA.

MARIA.

Dominga, ¿qué dices de esto?

DOMINGA.

¿Qué diabros quieres que diga?
¡Ay guillote! ¿ansí os obriga
el amor que en vos he puesto?
Pues para esta, farfullero,
que yo me sepa vengar.

MARIA.

¡Que esta noche se han de hablar
á las rejas del terrero!
Pues esta noche tambien,
cuando esteis mas descuidado,

mi amor, de vos olvidado,
vengarse de entrambos tien.
Yo le daré entrada al rey,
si, como dice, me espera
á la puerta.

ESCENA X.

EL CONDE.—MARIA. DOMINGA.

CONDE.

Razon fuera,
pues estais en Monterey,
Garcia, haber visitado
á la condesa.

MARIA.

He verdade:
fare-lo de boa vontade.
Non fincaba desmembrado;
mais visitar as mulleres
sem licenza dos maridos,
dam celeiras, e mofidos.
Non sei derramar praceres,
nem veño á dar embarazos;
mas pois me mandais ansí,
decede-la que está aquí
Joan Garcia dos Morrazos. (*Vase.*)

ESCENA XI.

EL CONDE. DOMINGA.

CONDE.

¿Sois vos tambien del lugar
de vuestro amo?

DOMINGA.

Y su vecino.

CONDE.

¿Y sabeis á lo que vino?

DOMINGA.

Creo que se viene á casar.

CONDE.

¿Aquí?

DOMINGA.

¿Pues dónde?

CONDE.

¿Con quien?

DOMINGA.

Sélo; mas para callallo.

CONDE.

¿Cómo os llamais?

DOMINGA.

Gil Carvallo.

CONDE.

Hombre pareceis de bien.

DOMINGA.

Por su virtú.

CONDE.

¿Los zapatos
á la cintura colgais,
y descalzo camináis?

DOMINGA.

No valen allá baratos.
Dime ayer un tropezon,
que aunque un dedo me quebré,
por ir ansí me ahorré
un cuartillo de un tacon.

CONDE.

¡Estraño modo de ahorro!

DOMINGA.

Allá cuando caminamos,
á la cinta los llevamos;
porque aunque descalzo, corro
por los tojos, que dirán
que soy un gamo, ó caballo.

CONDE.

¿Y qué llevais, Caravallo,
en ese palo?

DOMINGA.

Es el pan,
y aquesta es la calabaza.

CONDE.

¿Pan tan grande?

DOMINGA.

Es de centeno,
y en Galicia, aunque moreno,
mas alivia que embaraza.

CONDE.

A medida de su humor
vuestro amo os supo escoger.
La condesa os há de ver
tambien á vos.

DOMINGA.

No, señor.

CONDE.

Venid.

DOMINGA.

Deje que me ponga
los zapatos.

CONDE.

Bien estais.

DOMINGA.

(*Aparte al retirarse.*)
¡Traidor! yo haré que escupais
las tripas con la mondonga. (*Vanse.*)

Campo inmediato á Monterey.—Noche.

ESCENA XII.

DON EGAS. VASCO. UN SOLDADO.

DON EGAS.

Media legua de aquí á emboscarse viene
aquesta noche el rey, por si le engaña
la animosa serrana, donde tiene
mil hombres, cada cual blason de España.
Que asalten el descuido los previene
del castellano conde, que acompaña,

y defiende á don Alvaro Ataíde,
y á la marquesa que mi dicha impide.
Envíame á que aguarde la promesa
que la valiente rústica le ha hecho,
y prenda al conde. ¡Venturosa empresa,
si llega á ejecucion! Pero sospecho
que arrepentida, como amor profesa,
quien le entregó las llaves de su pecho,
le habrá dicho la traza prevenida,
saliendo en nuestro daño esta venida.
Y cuando tenga efeto, y le prendamos,
si el rey, como ha ofrecido, le perdona,
restituyendo al conde, ¿qué esperamos
los dos, traidores á su real corona?

VASCO.

Mejor será, si en Monterey entramos,
ya que el cielo de estrellas se corona,
dar la muerte á don Alvaro, y con esto,
evitar el peligro en que te ha puesto.

DON EGAS.

¿Cómo habemos de entrar?

VASCO.

Yo sé por donde
(como el cueduto quiebres de una fuente,
que en la villa á la plaza corresponde)
puedas salir y entrar seguramente.

DON EGAS.

Ejecutallo, pues; que muerto el conde,
no queda en Portugal quien darme intente
temor, ni contradiga mi privanza,
feliz mil veces, si á Beatriz alcanza. (*Vanse.*)

Vista esterior del palacio del conde.

ESCENA XIII.

DOÑA BEATRIZ, *á una ventana.*

¡Qué caro, rapaz avaro,
vendes los gustos que das!
Mas por esto valen mas;
que, en fin, lo barato es caro.
Si el que debajo tu amparo,
cuando en tu esfera se abrasa,
mas trabajos por tí pasa,
mas contigo, amor, privó,
ya somos el conde y yo
los mayores de tu casa.

ESCENA XIV.

DON ALVARO. CALDEIRA, *como de noche.*—DOÑA BEATRIZ.

CALDEIRA.

Mejor fuera dar dos sorbos
con los ojos, castañetas
del sueño, que rondar daifas.

DON ALVARO.

Gusta de esto la marquesa.
No se asegura de mí,
despues que tiene sospechas
de la serrana de Limia,
y vengo á satisfacerla.

CALDEIRA.

Vaya con Dios, si es su gusto.

DON ALVARO.

Tira una china á esas rejas.

CALDEIRA.

Allá va una china calva,
que si en la corte estuviera,
ya se hubiera puesto moño,
ó adoptiva cabellera.

DON ALVARO.

¿Es mi Beatriz?

DOÑA BEATRIZ.

¿Es el conde?

DON ALVARO.

Yo soy; que á vuestra obediencia
el resistir es delito.

CALDEIRA, *aparte.*

Si mi mondonga quisiera
asomarse á este albañal,
(pues sin salir de su esfera,
sale por los albañales
lo que los mondongos echan)
comiéramos hoy grosura.

(Recuéstase en una pared.)

ESCENA XV.

MARIA *y* DOMINGA, *como de noche.*—DON ALVARO. DOÑA BEATRIZ. CALDEIRA.

MARIA.

(Habla aparte con Dominga.)
Tras sí mis celos me llevan.
Déjame escuchar, Dominga,
sus regalos y ternezas;
que los celos siempre nacen
sin ojos y sin orejas.

DOMINGA.

Quien escucha, su mal oye.

MARIA.

Es la verdad; mas recela,
ignorando lo que sabe,
busca lo que no desea.
Pero escucha; que ya estan

los dos hablando.

DOMINGA.

Pues llega;
que yo seré tu lacaya.
Plega á Dios que no me duerma.

CALDEIRA.

Gigantes vienen á pares;
y me dicen que esta tierra
es tan fértil en dar brujas,
como nabos. Dios me tenga
de su mano, ó de su pie.

DOÑA BEATRIZ.

Dudo de vuestra firmeza,
conde, y pienso que os entibian
memorias, que siendo agenas,
os tiranizan las propias.

DON ALVARO.

No ofendais, mi bien, las vuestras,
pues sabeis que solo estriban
mis esperanzas en ellas.

DOÑA BEATRIZ.

Acuérdome yo que un tiempo
desvelaba vuestras penas,
ofreciéndome constante
un alma, entonces entera,
y ahora partida en dos.

DON ALVARO.

¿Pues hay, Beatriz, quien merezca
entrar con vos á la parte?

DOÑA BEATRIZ.

Y aun no poco feliz fuera,
si ya que la dividís,
siendo dueño de la media,
no me la usurparan toda
los donaires de la sierra.

DON ALVARO.

No fue amor, venganza sí
de imaginadas ofensas,
la que pudo divertirme,
mi bien, de vuestra belleza.
Amor es conformidad
de dos voluntades tiernas,

y mal podrán conformarse
rusticidad y nobleza.
Gustos en vos empleados,
alma amante en vuestra escuela,
deseos nobles por vos,
esperanza en vos perfeta,
¿os persuadís vos, señora,
que salir jamas pudiera
de suerte desazonada,
que serranas apetezca?
Si desde el punto que os ví,
eternizando finezas,
y huyendo violencias reales,
satisfacer mis sospechas,
no la he borrado del alma;
si mas me he acordado de ella;
si no os adoro, en los brazos
de quien aborrezco os vea.

MARIA.

¡Que esto escuche una muger,
y pueda tener paciencia
para no morir matando!
¡Ah celos! soltad la rienda
á vergüenzas y suspiros.
¡Ah enemiga! ¿quién tuviera
alas con cuyo favor
pudiera volar?

DOMINGA.

¿Pateas?

MARIA.

Estoy tan llena de celos,
que hasta las plantas me llegan.
¡Vive el cielo, conde ingrato....!

DOMINGA.

Esto va despacio: piedras,
á vuestro arrimo me amparo;
cama dé vuestra paciencia.
(*Va á recostarse y tropieza en Caldeira.*)
¿Qué es esto? En blando topé.

CALDEIRA.

Demonio es, pues que me tienta.
¿Si hay demonios rondadores?

DOMINGA, *aparte.*

Este debe ser Caldeira,
que aguardaba á su mondonga.
Vengaráse mi celera
de la suerte que pudiere,
sin hablarle; no nos sientan
los que nos tienen aquí.

CALDEIRA.

Yo me aparto, y él se acerca.

DOMINGA, *aparte.*

Aqueste alfiler de á blanca
le meto hasta la cabeza.

CALDEIRA.

¡Ay!

DON ALVARO.

¿Qué es esto?

CALDEIRA.

Mataduras
de una bruja sin espuelas,
pues me pica sin jugar.

DON ALVARO.

Anda, borracho; que sueñas.

CALDEIRA.

Tales sueños te dé Dios.

DON ALVARO.

¿De qué sirve, mi marquesa,
gastar el tiempo en pesares,
que sin provecho atormentan?
Vos habeis de ser mi esposa,
confiado en las promesas
del conde de Monterey,
en mi lealtad é inocencia,
en los reyes de Castilla,
que al nuestro escriben, y ruegan
por nuestra restitucion,
y ya sus paces conciertan.
Espero en Dios que cansada
la fortuna, y dando vuelta
el tiempo, hasta aquí enemigo,
siendo vos mi esposa bella,
nos tienen de dar los cielos,
al paso que las tormentas,

las bonanzas, á pesar
de traiciones y soberbias.
Si engañado de mis celos,
procuraba en vuestra ausencia
divertir memorias tristes
en serranas rustiquezas,
ya olvidado, arrepentido,
solo, si me acuerdo de ella,
es para que amándoos mas,
mis locuras reprehenda.
¿Cómo os puede á vos dar celos
una pastora grosera,
ignorante en facultades
de amor, que estima agudezas?
¿Qué hermosura ha de tener
una tosca montañesa,
que adornan sayales pobres,
y soles y aires afeitan?
¿Tan mal gusto tengo yo,
que permita competencias
de una villana, vos noble?
¿de una simple, vos discreta?

MARIA.

(*Poniéndose delante de don Alvaro.*)
Mentís.

DON ALVARO.

¿Qué es esto?

MARIA.

Mentís,
mal hablado; que en ausencia
de mugeres que engañastes,
no es bien hecho hablar mal de ellas.
Vos sí que villano sois,
pues que por no pagar deudas
de quien de esposa os dió mano,
poneis en su honor la lengua.

DOÑA BEATRIZ.

¿Mano de esposa? ¡Ay de mí!
¿Qué es esto, conde? ¡Ay certezas
de injurias y desengaños!

ESCENA XVI.

UN CRIADO, *dentro del palacio.*—DICHOS.

CRIADO.
Señora, nuestra condesa
os llama.
DOÑA BEATRIZ.
¿Mano de esposa?
¡Cielos!
CRIADO.
Mirad que os espera.
DON ALVARO.
Hombre bárbaro, ¿qué dices?
¡Beatriz! ¡mi bien! ¡ah, marquesa!
DOÑA BEATRIZ.
A averiguaciones tales,
¿qué hay que esperar? A sospechas,
ya en verdades convertidas,
á comprobadas ofensas,
no hay remedio sino olvidos.
Aquí, ingrato conde, tengan
fin de empleos mal pagados,
villanas correspondencias.
Cerca el rey don Juan está,
y mi venganza tan cerca,
que si te quita la vida,
daré la mano á don Egas.
(*Retírase de la ventana.*)

ESCENA XVII.

DON ALVARO. MARIA. DOMINGA. CALDEIRA.

DON ALVARO.
Oye, señora, mi bien....—
(*A Maria.*)
Bárbaro, que á eclipsar llegas

con nublados de mentiras
la luz en que mi alma espera,
¿quién eres? ¿á qué veniste?
¿qué furia infernal intenta,
para que me desespere,
incorporarse en tu lengua?

CALDEIRA.

Enjambres andan de brujas,
que si no chupan, enredan:
unas pican, y otras mienten.
(*A Dominga que le acosa á alfilerazos.*)
¡Ay pulga, ó chinche gallega!
¿De qué sirve taladrarme
las chatas circunferencias?
¡Ay! juega limpio, picona.
¡Válgate el diablo por tierra!
Bercebú que pare aquí.
Bruja tábana, está queda.
¡Vive Dios que me acrevilla!
¡Ay! Una anca llevo abierta.
(*Huye, y Dominga le va siguiendo.*)

ESCENA XVIII.

DON ALVARO. MARIA.

DON ALVARO.

¿Quién eres, hombre engañoso?

MARIA.

Quien sacándote la lengua,
piensa hacer á su venganza
hoy un convite con ella.
Yo soy quien como á su vida,
antes que á Limia vinieras,
amorosa regalaba
Mari-Hernandez la gallega.
Olvidóme por quererte;
mas ¿qué mucho, si á sí mesma
se olvidó, por darte el alma,
que mudable menosprecias?

A darte la muerte vine,
guiado de mis ofensas,
movido de tus traiciones,
y ciego de mis sospechas;
pero escuchando que injurias
á quien celebrar debieras
por amorosa, por firme,
ya, traidor, que por no bella,
olvidando mis agravios,
quiere la razon que vuelva
por los suyos, y que así
estime mas mi firmeza.
Tu patria traidor te llama;
tus engaños lo comprueban;
tu rey airado te busca,
y á quien te dé muerte premia.
A todos eres odioso:
¿quién duda que me agradezcan
todos juntos su venganza,
cuando tantos la desean?
Saca la espada cobarde,
si ya no tiene vergüenza,
ofendida como todos,
de salir á tu defensa.

DON ALVARO.

¡Oh bárbaro descortés!
Vive Dios, que antes que pueda
ver mis agravios el sol,
tu muerte he de hacer que vea.
(*Desnudan ambos las espadas.*)

ESCENA XIX.

DON EGAS. VASCO.—DON ALVARO. MARIA.

DON EGAS.

(*Hablando recatadamente con Vasco en el fondo.*)
Este, Vasco, es el palacio
del conde, y estas las cercas
que le defienden y adornan.

Para que ejecucion tenga
mi venganza, es necesario
saber si el conde está fuera,
ó la parte donde habita.
Aguardemos. Mas espera;
que aquí parece que hay gente.

VASCO.

Pues informémonos de ella
de don Alvaro; que importa
matarle antes que amanezca.

MARIA.

Mal, Alvaro ingrato y facil,
sabes el valor y fuerza
de celos y agravios.

(*Riñen Maria y don Alvaro.*)

DON EGAS.

Vasco,
su amparo el cielo nos muestra.
Este es mi enemigo.

VASCO.

Ponte
al lado de quien desea
darle muerte, y todos tres
tu venganza haremos cierta.

(*Empuñan don Egas y Vasco.*)

DON EGAS.

(*A Maria.*)

Fidalgo, á daros ayuda
nos obliga la destreza
de vuestro brazo, y las culpas
del traidor que os hace ofensa.

MARIA.

¿Traidor? Villanos, mentís;
que ese nombre no hay quien pueda
dársele si quien le adora,
y agravios de su amor venga.
Quien dice injurias amando,
mas se enamora con ellas:
yo se las puedo decir,
no vosotros. Conde, mueran.

(*Pásase al lado de don Alvaro, y hiere á don Egas.*)

DON EGAS.

Fenecieron mis traiciones
y mi vida á un tiempo. ¡Ay ciega
fortuna!

(*Vase retirando herido: María le sigue.*)

VASCO, *aparte.*

Los pies me amparen. (*Vase.*)

MARIA, *dentro.*

¿Quién eres?

DON EGAS, *dentro.*

Yo soy don Egas.
Llévenme donde declare
traiciones, que ya confiesa
entre mis labios el alma.

DON ALVARO.

¿Hay confusiones como estas?
El mismo que á darme muerte
viene, ¿defenderme intenta?
Traidor me llama, ¡y la vida
quita á quien así me afrenta!
¿Qué es esto, desdichas mias?

ESCENA XX.

MARIA.—DON ALVARO.

MARIA.

Ya á palacio al traidor llevan,
donde declare verdades,
que han perseguido inocencias.

DON ALVARO.

Si agraviaron tus palabras,
o tú, cualquiera que seas,
con las obras cautivaste
un alma á tus plantas puesta.
¿Quién eres, hombre animoso,
que das vida cuando afrentas,
que defiendes cuando injurias,
que cuando agravias, consuelas?

MARIA.

Saca la espada otra vez,
mudable, y no me agradezcas
cortesias obligadas
del natural que me esfuerza.
Solo á darte muerte vine,
y no quiero yo que tengan
parte en mis venganzas otros;
que así menos nobles fueran.
Traidores he conservado;
mudables ahora intenta
castigar mi justo enojo.
Saca la espada. ¿Qué esperas?

DON ALVARO.

Obligada ya por tí,
justamente se corriera,
si vida que has defendido,
á tus pies no se rindiera.
¿Qué importan tus vituperios,
si lo que dice tu lengua
han contradicho tus manos,
dignas de alabanza eterna?

MARIA.

¡Vive Dios, si no la sacas,
que haciendo alguna vileza,
te dé muerte, aunque despues
mis llantos hagan obsequias!

DON ALVARO.

¿Luego muerto has de llorarme?

MARIA.

¿Pues qué cólera hay tan ciega,
que despues que se ha vengado,
no dé muestras que le pesa?

DON ALVARO.

Pues á trueco de obligarte
á que esta lástima tengas
de mí, doy mi muerte ya
por bien dada; pero sea
con condicion que me digas
quien eres.

MARIA.

Si yo quisiera

dártela, á ser noble tú,
te matara de vergüenza,
solamente con decirte
mi nombre; mas considera
quién hay, si no es un celoso,
que ame á un tiempo y aborrezca. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

DON ALVARO.

¡Hombre con amor, y celos
por mí! Confusas quimeras,
en lugar de averiguaros,
mas mi desdicha os enreda.
¿Amor y aborrecimiento?
Vive el cielo, que dijera,
á persuadirme imposibles,
que era la serrana bella
la autora de estos milagros.
Su voz confirma sospechas,
su valor lo contradice,
y uno y otro me atormentan.
Sabré quien es este enigma,
por los cielos, si me cuesta
la vida que defendió.
¡Oh noche de engaños llena! (*Vase.*)

ESCENA XXII.

DOMINGA, *acuchillando á* CALDEIRA.

CALDEIRA.

Basta, fantasma, ó lo que eres,
tengamos las manos quedas,
ó riñamos de palabra,
como hacen las verduleras.
¡Callas, y das el porrazo,

que si no matas, derriengas!
¿Por qué me tratas así?
¿en qué te ofendió Caldeira?
¡Dalle, y callar! ¿Quién te agravia?
Dí una palabra siquiera.

DOMINGA.

La mondonga.

CALDEIRA.

¿Son celuchos?
¿Mas quién duda que lo sean?
Si otra vez la hablare mas,
si diere causa á tu ofensa,
plega á Dios que siendo calvo,
traiga postizas guedejas;
en humo tome el tabaco;
sílvenme, siendo poeta;
en comedias de tramoyas,
salgan mal las apariencias.
Yo me caparé, si gustas;
yo comeré, si deseas
que aborrezcas á las mondongas,
los sábados, de cuaresma.
¿Puedo yo prometer mas?

DOMINGA.

La mondonga.

CALDEIRA.

¡Estraña tema!

DOMINGA.

La mondonga.

CALDEIRA.

Amondongada
ruego á Dios que el alma tengas.
(*Tocan las campanas dentro.*)
Pero ¿qué es esto? A rebato
toca la villa.

VOCES DENTRO.

¡Arma! ¡Guerra!
que el portugues nos combate,
y escala ya nuestras cercas.

CALDEIRA, *aparte.*

Aun peor está que estaba,
si el airado rey nos entra;

pues segun nos quiere mal,
ha de pringarme.

DOMINGA.

Agradezca
que sale gente, el guillote. (*Vase.*)

CALDEIRA.

Salga muy enhorabuena;
que segun me mondongabas,
ya con el alma hacia cuenta. (*Vase.*)

ESCENA XXIII.

EL CONDE. SOLDADOS CASTELLANOS.

UN SOLDADO.

Manda acudir á los muros;
salga gente, si no intentas
que por Portugal tremolen
sus quinas en tus almenas.

CONDE.

Si el rey en persona viene,
abrilde todas las puertas:
suyo es cuanto yo poseo;
mis cortesías le venzan.
Abrid; ¿qué esperais? Abrilde.

ESCENA XXIV.

EL REY. SOLDADOS PORTUGUESES.—DICHOS.

REY.

(*A los suyos.*)
Si el conde á los dos me niega,
meted á saco el lugar.

CONDE.

A vuestros reales pies llega
quien por huesped os recibe,
no por enemigo: abiertas

las puertas del corazon,
como de esta villa, esperan
yo y sus vecinos á un rey,
cuyo príncipe concierta,
casando con nuestra infanta,
convertir en paz su guerra.

REY.

Conde, alzad, alzad del suelo;
que mi enojo os manifiesta
cuan justamente ofendido
de vos, á vengarse llega.
Mientras diéredes favor
al conde y á la marquesa,
no hay pensar que cortesias
han de moverme á clemencia.

CONDE.

Ellos y yo á vuestros pies
rendiremos las cabezas,
no obligados de las armas,
sino de la lealtad nuestra.

REY.

¿Leales son los traidores?

CONDE.

No los llama así don Egas,
que hiriéndole en nuestra villa,
no sé si su traicion miesma,
confiesa insultos que espantan.
El engañó á vuestra alteza
con firmas que contrahizo
contra toda la nobleza
de Portugal, por quien lloran
Berganza, Estremoz, la reina,
los nobles y los plebeyos.

REY.

¡Qué decís, conde!

CONDE.

A su lengua
remito aquestas verdades.

REY.

Si eso averiguo, esperiencias
tendrá el mundo del castigo
que ya mi justicia apresta.

ESCENA XXV.

DON ALVARO.—DICHOS.

DON ALVARO, *para sí.*
No he podido descubrirle.
¿Hay ocasiones como estas?
CONDE.
Llegad, conde, y á los pies
de vuestro invicto rey, sepa
la verdad volver por sí,
y ampáreos vuestra inocencia.
DON ALVARO.
Mi enemigo, gran señor,
satisfaga á vuestra alteza,
escuchando de su boca
las traiciones que confiesa.
Esta noche á darme muerte
entró, y los cielos ordenan
que sin conocer por quien,
acudiese en mi defensa
un hombre que no conozco,
si no es ya, señor, que sea
algun angel, que invisible,
volvió por la causa nuestra.

ESCENA XXVI.

DOÑA BEATRIZ.—DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.
Ya puedo llegar segura
á estos reales pies que besa
mi lealtad, si hasta hoy dudosa,
ya, gracias al cielo, cierta.
Don Egas, señor invicto,
sabiendo que vuestra alteza

está aquí, al rendir el alma,
desea en vuestra presencia
confesar traiciones suyas,
y pedirle perdon de ellas.

ESCENA XXVII.

—

MARIA.—DICHOS.

MARIA.

¡Vala-me Deus! ¡Os mormullos
esta noite non me deijam
pegar os ollos! ¿Qué he isto?
¿com quem temos rifa e guerra?

CONDE.

Garcia, paso; que el rey
don Juan honra nuestra tierra.

MARIA.

¿O rey? Pois os pes lle pido,
pois fidalgos se os bejam.
Si eu, gran señor, lle entregase
á quem deu morte á don Egas,
¿que lle fará?

REY.

Premiaréle
tanto, que envidia le tengan.

MARIA.

¿Que non lle fará enforcar?

REY.

No es digna hazaña tan nueva
de tal paga. Mas ¿quién es?

MARIA.

Mari-Hernandez la gallega.

REY.

¿La serrana?

MARIA.

Sí señor.

REY.

Llamalda.

MARIA.

Catai por ela.

REY.

¿Adónde?

MARIA.

Em aquesta cara,
que do conde os faz entrega.
Ora compri-me a palabra
de que ele meu dono seja,
e diga ele o que me debe,
pois vive por mí.

DON ALVARO.

¿Hay fineza
de amor semejante?

REY.

Conde,
vasallo que en competencias
anda con su rey, es causa
de adversidades como esta.
Mi palabra real he dado
de que será esposa vuestra
esta serrana: cumplilda;
que si le falta nobleza,
yo se la doy desde aquí,
y de Barcelos condesa
la nombro.

DOÑA BEATRIZ.

Invicto señor....

REY.

Beatriz, con el de Olivenza
os habeis vos de casar;
pues ya que yo no os merezca,
no será razon que os goce
mi competidor.

MARIA.

Pois veña
a maon; que si sois fidalgo,
e sendo eu cristiana vella,
non perderam nossos fillos,
si lles derem encomendas.

ESCENA XXVIII.

DOMINGA. CALDEIRA.—DICHOS.

CALDEIRA.

Dominguita de mis ojos,
conocíte: celos deja,
y casémonos los dos.

DOMINGA.

Non queiro, traidor.

CALDEIRA.

Non queira.

DON ALVARO.

Caldeira, que está aquí el rey.

MARIA.

Dominga, ya soy condesa,
y don Alvaro mi esposo.

DOMINGA.

Pues si tú te casas, venga
esa mano, picaron.

MARIA.

Mari-Hernandez la gallega
he sido en aquesta historia,
senado, y TIRSO el poeta.



EXAMEN

DE

LA GALLEGA MARI-HERNANDEZ.

Cuando con tantos aplausos representaban esta comedia en Madrid Doña Antera Baus y Don Juan Carretero, se suprimian las cuatro escenas del primer acto, que pasan en Portugal, sin ingerir mas adelante un verso nuevo, ni una palabra siquiera. Aun así, la esposicion se entendia: prueba irrecusable de que aquel trozo, aunque bien versificado en general, no hacia gran falta á la pieza. Hay en esta un caballero fugitivo de su pais, que se disfraza de labriego, y se prenda de una zagala tan repentinamente como el don Luis de la *Villana de la Sagra*; hay una ó dos mugeres, que se visten de hombre, sin que nadie las conozca despues, como el supuesto *don Gil de las calzas verdes*. A escepcion de estas inverosimilitudes, que son como obligadas en las obras dramáticas del maestro Tellez, y algun otro descuido de menor monta, el plan de la comedia es bueno, y se desenvuelve sin confusion; todas las escenas villanescas son inimitables, y ya en una, ya en otra, aparecen rasgos ingeniosísimos, que pintan la fisonomia moral de los habitantes de Galicia.

ACTO PRIMERO.

ESCENAS V Y VI.

Nótese la naturalidad de este diálogo de los serranos, y la soltura con que Tellez lo versifica. Los despropósitos de Otero valen mas que cuantos argumentos ha empleado doña Beatriz en la escena III para persuadir al rey que se considera casada con él espiritualmente. Hoy dia que se incluyera este pasage en un drama, nadie diria que el estilo era anticuado.

De la santa esquinacion (inquisicion)
huye esta canalla infiel,

y se nos acoge acá.

Nos escandaliza ahora la especie de estrañeza con que dice estas palabras, nada caritativas, el buen aldeano; pero en un pais donde era proverbial la espresion *al judio, que le quemen*, debia creerse, en efecto, que todo el que seguia aquella religion, estaba obligado á dejarse tostar en debida forma, y cometia un crimen en huir de la hoguera. Mas abajo vemos á una jóven cándida y sencilla disponerse á matar á un hombre, persuadida de que hace una accion meritoria asesinando ruinmente á un sectario de la ley de Moisés. Véase qué consecuencias produce una política errónea en el espíritu de los pueblos, cuando se sirve de la religion para cohonestar miras pérfidas é interesadas.

ESCENA VII.

Donde principalmente peligraba don Alvaro, hallándose proscrito, era en Portugal, hasta pasar la raya; internado ya en Galicia, y habiéndose propuesto el autor reunirle tan pronto con el conde de Monterey, no habia necesidad de que se disfrazase de serrano, para conocer y requebrar á Maria. Podia escusarse, pues, que Otero y Benito se dejasen olvidadas sus ropas, olvido no muy verosímil en los hijos de aquellas montañas. Es singular que luego Mari-Hernandez repare que el galan dormido está de medio cuerpo abajo vestido de seda, y que á Garcia, que le admite por criado, no le llame la atencion un destripaterrones con trage tan rico.

ESCENA X.

Pasage lleno de naturalidad y gracia. ¡Qué bien pintada está en Maria la jóven de pocos años, franca, inesperta, aunque de buen ingenio, y poseida del fanatismo religioso de su época! ¡Qué bella graduacion de afectos en cuatro palabras! Primero la sorpresa al ver un hombre desconocido; despues la curiosidad que le escita la mezcla de trage humilde y noble; luego la aversion despertada con la idea de que aquel es un enemigo de Dios; en seguida la resolucion de quitarle la vida; tras esto el reparar en la gentileza de semblante del forastero, y por último la reaparicion del odio al oirle decir que es portugues.

No parece sino que Tellez oyó á alguna muchacha aquella observacion infantil que con tan artística ingenuidad salia de los labios de la señora Baus: *¡que viva un hombre, y parezca muerto!*

¿Para qué venís cargada
de piedras, si me mató
el veros?
—Por sí ó por no,
no era mala una pedrada.

Nunca corren mas fáciles los versos de Tellez, nunca es mas correcto su estilo, que cuando hace hablar á aldeanos entre sencillos y maliciosos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

¿No has querido á nadie?

Calumnia atroz, por mas que esté espresada en buenos versos. En Galicia hay tantas virtudes, á lo menos, como en cada cual de las otras provincias de España.

ESCENA IV.

Cando o crego &c.

Algunas palabras de esta cancion, que nos parece harto mala, y que probablemente no seria de Tellez, estan escritas con ortografia portuguesa: nosotros las hemos reimpreso á la castellana. El gallego que se habla en esta comedia, es un chapurrado escrito para hacer reir, en el cual, á juicio de inteligentes, no se sujetó el padre Tellez á ley constante de habla ni de escritura: la ortografia, por consiguiente, se ha restablecido á tientas.

ESCENAS XIV Y XVI.

Don Alvaro se reconcilia con doña Beatriz tan facil y prontamente como se enamoró de Maria, lo cual no deja de repugnar bastante; pero mas repugna que una marquesa desenvaine una daga, como si fuera un maton, y envista á la gallega. En desciñéndose esta la honda, los espectadores se echan á reir, y por lo uno se perdona lo otro;

pero la dama portuguesa tiene sobrada razon despues para confesar que se ha arrojado á un *estremo*: el oyente ha dicho otro tanto antes que ella.

ACTO TERCERO.

ESCENA II.

Como el rey dice que solo por don Alvaro y doña Beatriz se arma contra el conde de Monterey, y añade que *cesarán sus desvelos*, si Maria le entrega el fugitivo, no repugna que Mari-Hernandez se ofrezca á ser espía del monarca portugues: ni el rey quiere apoderarse de la plaza sin su rival, ni Maria piensa entregársela.

¡Ay! ¡qué le contara yo,
si no tuviera vergüenza!

Miente demasiado bien Maria, porque el espectador la cree. La relacion, fuera de esto, abunda de chiste.

Obsérvese cuán interesante hace Tellez á la heroina en aquel diálogo con el rey:

Yo en persona,
en secreto, he de aguardalle.—
¡Mal año! Querrá matalle.—
Mi fé y palabra me abona.—
Mire que no ha de herle mal.—
No haré.—Ni á la portuguesa.

ESCENA VIII.

Toda es una cáfila de chocarrerías.

ESCENA XI.

¿Los zapatos
á la cintura colgais,
y descalzo caminais?—
No valen allá baratos.

No se puede pintar mejor el espíritu de economia de la clase pobre en Galicia.

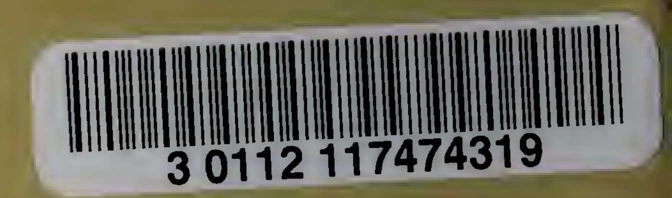
ESCENA XII.

Triste figura es la de don Egas. En el primer acto le aporrean; en el tercero intenta matar á don Alvaro, y él es el que muere á manos de una muger. Personage odioso y ademas inutil.

ESCENA XXVIII.

Maria, que ha salvado la vida á don Alvaro, consigue al cabo casarse con él; premio debido al valor, al amor y al ingenio. Sabemos que una doncella no debe dar oidos al primer advenedizo que la requiebre, que es lo que hace en esta comedia la heroina; ¿en qué consiste, pues, que desde el acto segundo, antes que Maria se haya espuesto por su amante á la muerte, nos interesamos vivamente por ella? La respuesta es clara: consiste en que Maria es sencilla, inocente, virtuosa, y ama de veras. Acostumbrada á obsequios rústicos, y hallándose de repente galanteada por un cortesano lisonjero, hábil seductor, la competencia entre los dos no es igual, y el corazon, las simpatías de los espectadores se ponen siempre de parte del mas débil. Por esto vemos con indiferencia que doña Beatriz se quede sin galan, y por eso sin duda el autor dió al caracter de esta dama ciertos rasgos de soberbia y de ira, que no le dejan granjearse voluntades. Mari-Hernandez es una de las mas lindas creaciones del maestro Tellez.

creto de estado.	6
rias de un coronel.	4
o el Veronés.	6
o de la tempestad.	6
oda improvisada.	4
elino el tapicero.	6
os solterones.	4
mbre mas feo de Francia.	6
e toledana.	4
glar.	6
stigo de una madre.	6
nemorias del diablo.	6
casa con dos puertas.	6
ar.	6
ven bofetones.	4
r en vedado.	6
orsario.	6
te por interés.	6
zar me vuelvo.	8
buen padre.	6
itio de Bilbao.	4
mwell.	6
lo y Paulina.	4
novia de palo.	4
tera, viuda y casada.	4
protestante.	4
alina de Médicis.	6
caballero de industria.	4
stobal el leñador.	6
briela de Belle-Isle.	6
abuelo.	4
médico y la huérfana.	4
pacto del hambre.	6
proscripto.	6
degollacion de los inocentes.	6
s dos celosos.	6
s cómicos del rey de Prusia.	4
abadia de Castro.	6
hombre de bien.	4
carcajada.	6
zaro.	6
secreto de familia.	6
na aventura de Carlos II.	4
molinera.	4
mercader flamenco.	6
secretario privado.	6
cisterna de Alby.	6
na cadena.	6
mor y nobleza.	8
ntonio Perez y Felipe II.	8
dolfo.	6
mor venga sus agravios.	8
ntoni.	6
Ango.	6
Angelo, tirano de Pádua.	8
Amor y deber.	5
A un cobarde otro mayor.	4
Adel el Zegrí.	8
Baltasar Cozza.	8
Catalina Hovar.	6
Chiton!!!	5
Doña María de Molina.	8
Doña Urraca.	6
Doña Jimena de Ordoñez.	8
Doña Blanca de Navarra.	6
Diana de Chivrí.	6
D. Rodrigo Calderon.	8
Dos granaderos.	4
Dos padres para una hija.	4
Elvira de Albornoz.	6
El desconfiado.	8
El hijo predilecto.	8
Emilia.	8
El astrólogo de Valladolid.	8
El pária.	8
El campanero de san Pablo.	6
El casamiento nulo.	4
El afan de figurar.	4
El peluquero de antaño.	4
El pobre pretendiente.	4
El hijo en cuestion.	4
Está loca!	4
El dómine consejero.	4
El compositor y la estrangera.	4
El duque de Braganza.	5
El pillnelo de París.	5
El soprano.	4
El gondolero.	6
El castillo de san Alberto.	6
El ramillete y la carta.	4
El comodin.	4
El mulato.	6
El marido y el amante.	4
Fray Luis de Leon.	8
Funcion de boda sin boda.	6
Garcilaso de la Vega.	8
Guillelmo Colman.	6
Hernani.	6
Hija, esposa y madre.	6
Intrigar para morir.	8
Incertidumbre y amor.	6
Intriga y amor.	6
Isabel de Babiera.	6
La vieja del candilejo.	8
La político-mania.	6
La estrella de oro.	8
Los cortesanos de D. Juan II.	6
La ocasion por los cabellos.	6
Los celos infundados.	8
Los amoríos de 1790.	6
La conjuracion de Fiesco.	6
La cuarentena.	4
La pata de cabra.	4
La gata muger.	4
Lucrecia Borgia.	6
Luis onceño.	8
Los guantes amarillos.	4
La frontera de Saboya.	4
Las máscaras negras.	6
La espada de mi padre.	4
La cruz de oro.	4
La hermana del sargento.	4
Los padres de la novia.	4
Luisa.	6
La escalera de mano.	4
La solterona.	4
La cuñada.	4
La hija del avaro.	6
La hostería de Segura.	4
Me voy á casar.	6
María Remond.	4
Macbet.	8
No hay mal que por bien no venga.	4
Ni el tio ni el sobrino.	4
No siempre el amor es ciego.	8
Padre é hijo.	4
Plan-plan.	4
Pablo el marino.	6
Roberto D' Artevelde.	6
Ricardo Darlington.	8
Sin nombre!	4
Stradella.	4
Teodoro	4
Toma y daca.	4
Virtud en la deshonra.	6
Valeria.	5
Un poeta y una muger.	8
Una muger generosa.	6
Un dia de 1823.	6
Una y no mas.	4
Un artista.	4
Un tio en Indias.	4
Un liberal.	4
La familia improvisada.	4
El hombre misterioso.	4
Cada cosa en su tiempo.	6



Esta interesante coleccion comprende hasta el dia mas de 350 comedias, cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Ventura de la Vega.

Teatro Moderno Español.

Van publicados 36 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

Teatro Antiguo Español.

Tirso de Molina. Consta de 12 tomos en 8.° marquilla, 160 rs.

Teatro Moderno Estrangero.

Van publicados 20 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerias de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes:

Almeria.........	Gonzalez.
Alcoy............	Marti Roig.
Alicante.........	Champourcin.
Burgos...........	Arnaiz.
Badajoz.........	Viuda de Carrillo.
Barcelona.......	Piferrer.
Cadiz.........	Moraleda.
Córdoba.........	Berard.
Coruña...........	Perez.
Granada.........	Sanz.
Habana..........	Urban Ramos.
Jaen..............	Orozco.
Jerez.............	Bueno.
Málaga..........	Aguilar.
Murcia...........	Gisbert.
Oviedo...........	Longoria.
Orense............	Novoa.
Pamplona.......	Erasun.
Palencia.........	Santos.
Palma............	Gelabert.
Santander......	Riesgo.
Salamanca......	Oliva.
Sevilla...........	Caro Cartaya.
Santiago.........	Rey Romero.
Vitoria...........	Ormilugue.
Valencia.........	Navarro.
Valladolid......	Hijos de Rodriguez.
Zaragoza.......	Yagüe.